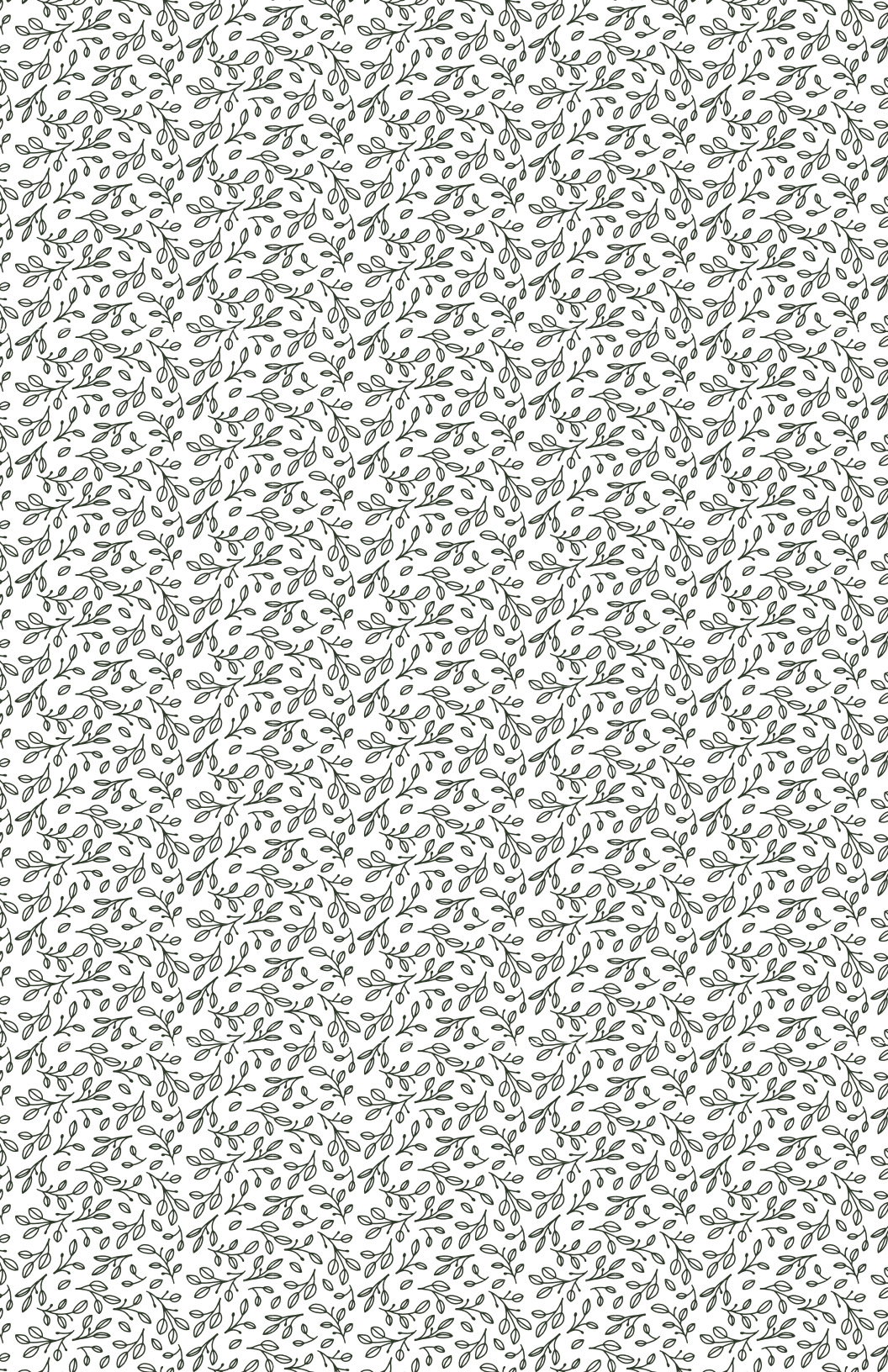


VIDAS QUE DEJARON HUELLA

LUIS JUSTO CARRIÓN TEJEDA Y MARÍA DOLORES CUELLAR FARÍAS







ORCHIDACEAE CATTLEYA - ORQUIDEA CATTLEYA

Prólogo

Maestro Jorge Ignacio Luna Hernández

El libro que el lector tiene en sus manos no es más que una muestra de gratitud de parte de una familia para con sus miembros fundadores: el matrimonio conformado por el Maestro Luis Justo Carrión Tejeda y María Dolores Cuellar Farías. “Vidas que dejaron huella” es un título más que adecuado para plasmar el legado que ambos heredaron a una genealogía formada en los valores de la educación y el trabajo.

Desde mi punto de vista, creo que más que una publicación, este libro es un reconocimiento a la memoria de dos grandes seres humanos, que pasaron por este mundo sembrando huellas que hasta el día de hoy son el pilar espiritual de toda su descendencia.

Una vez leído, nos damos cuenta qué tan merecido es que el terreno donde ahora es el Recinto de la Feria del Café lleve el nombre de Luis Justo Carrión Tejeda, un hombre que vivió plenamente, siempre con la misión superior de aportar al mejoramiento de la sociedad, tanto en el ámbito de la infraestructura pública, como en la creación de empleos bien remunerados.

Nació el 9 de agosto de 1918, con una niñez complicada, Luis Justo Carrión quedó huérfano a los trece años, emprendió el viaje a la Ciudad de México, donde trabajó y estudió al mismo tiempo, siempre con la mira fija en salir adelante a base de constancia y voluntad. Ya como maestro, impartió clases en el Colegio México de los maristas, fundó el Colegio Interamericano y fue cofundador de la escuela México – Japón, donde implementó estrategias académicas innovadoras para su época.

Se dice que Luis Justo Carrión tenía conocimientos de matemáticas, lengua y literatura, geografía y botánica, ello lo llevó al cultivo de plantas florales. Decía que: “las flores son el paradigma de la vida misma, en cuyos pétalos se aprisionan colores del arcoíris en sus más exquisitas manifestaciones y en cuyos cálices están encerrados los misterios de la vida y el milagro de la creación”.

Esta pasión por las flores lo lleva a fundar la empresa “Viveros de México S.A de C.V”, donde no solo siembra y vende plantas, sino que ahora diseña paisajes urbanos completos.

Así es como llega a Coatepec en 1963, atraído acaso por el clima generoso que produce una naturaleza privilegiada donde las flores no son exentas, al principio, se especializó en anturios, helechos y orquídeas.

La cuantiosa producción de plantas y flores obligó a Luis Justo Carrión a contratar coatepecanos: en el apogeo de su empresa, se dice que fueron 250 familias las que se beneficiaban de su industria dedicada a la floricultura.

No se quedó ahí, la huella de Don Luis Justo adquirió un tinte humanista con sentido social. Organizaba brigadas para la limpieza de los ríos y de los caminos, participó en la pavimentación de calles e introducción de agua potable, en fin, apoyaba causas altruistas relacionadas con la cultura, todo ello siempre al lado de María Dolores Cuellar Farías, “Lolita”, como le llamaban de cariño, quien por cierto tenía una frase recurrente con la cual me identifico ampliamente: “para saber mandar hay que saberlo hacer”.

Insisto, es un acierto que el actual Recinto Ferial lleve el nombre de Luis Justo Carrión Tejeda, puesto que como dice en el libro: “no solo se trata de la preservación de un espacio físico, sino también de la creación de un lugar de reunión, aprendizaje y desarrollo en torno a la cultura de Coatepec, un lugar en el que convergen pasado, presente y futuro”.

Sin más preámbulo, dejemos que los lectores disfruten estas “Vidas que dejaron huella”, muchas huellas diría, las cuales se enriquecen al ser recordadas por los familiares, descendientes directos de Luis Justo Carrión Tejeda y María Dolores Cuellar Farías.

Ambos pasaron por este mundo dejando huellas que ahora perdurarán, gracias a la iniciativa generosa de materializarlas en este libro que honra la memoria insustituible de dos almas irrepetibles.

Prefacio

En el vasto jardín de la memoria familiar, los abuelos emergen como pilares eternos, como las raíces y el tronco del que surgen las ramas entretajadas en el destino de las generaciones que les siguen. No hay, además, una imagen más adecuada para iniciar este prefacio en torno a las vidas del Profesor Luis Justo Carrión Tejeda y de María Dolores Cuellar Farías, los fundadores de la familia Carrión Cuellar, que la de un árbol, una planta o una flor, como verá el lector al asomarse en las páginas del libro.

Ésta es la breve narración de la vida y el legado que ambos construyeron juntos (parte del cual se encuentra en Coatepec), vista desde diversos ángulos, desde el del narrador omnisciente, hasta el de cada una de las generaciones de la familia que fundaron. Es precisamente en reconocimiento a este legado que, a iniciativa del Maestro Jorge Ignacio Luna Hernández, Presidente Municipal de Coatepec, el Cabildo dará el nombre del Profesor Luis Justo Carrión Tejeda al Recinto Ferial.

A continuación, los recuerdos y las anécdotas se despliegan como ramas de un árbol no sólo genealógico, sino un árbol de la memoria viva.

Entramos, pues, en un jardín colectivo donde cada voz converge en una certeza: que los seres queridos siguen con nosotros en cada recuerdo, en cada enseñanza y en cada sonrisa que se dibuja al traerlos de nuevo a nuestro pensamiento.

Si te preguntas, lectora o lector, por qué no hay autor ni aquí, ni en la portada, ni al final, es porque este libro es como una familia, y las familias no tienen un solo autor. Todos los descendientes de Luis Justo y de Lolita escribimos una historia que sigue hacia adelante, un día y una página a la vez.

La vida del Profesor Luis Justo Carrión Tejeda

Raíces

Luis Justo Carrión Tejeda nació el 9 de agosto de 1918 en Martínez de la Torre, Veracruz. Le gustaba repetir, con esa mezcla de humor fino y sentido de pertenencia que lo caracterizaba: “Soy veracruzano porque nací en Martínez de la Torre, pero me facturaron en Teziutlán, Puebla”. La frase, ligera en apariencia, condensaba una historia de vocación y destino: su madre, la maestra rural Esther Tejeda Castillo estaba asignada a esa localidad veracruzana.

Esther pertenecía a una generación de mujeres que, contra la inercia social de su tiempo, eligieron el camino de la enseñanza pública. Impartió educación primaria en escuelas rurales del estado de Veracruz y fue cofundadora de la primera escuela primaria de El Chico. No se limitó al aula: se especializó en la geografía del estado y escribió, con su propia mano, un libro dedicado a ese conocimiento que entonces apenas comenzaba a sistematizarse. En una época en la que la participación femenina fuera del ámbito doméstico era aún excepcional, Esther ejerció con discreta firmeza su vocación docente.



FAMILIA CARRION TEJEDA (EL PROFESOR CARRION, DE 4 AÑOS, EL TERCERO DE IZQUIERDA A DERECHA)



LUIS JUSTO CARRIÓN TEJEDA

Su trabajo no fue estridente, pero sí constante; no buscó reconocimiento, pero dejó huella. Esa disciplina silenciosa y esa confianza en la educación como instrumento de transformación formarían parte del legado invisible que su hijo llevaría consigo.

El entorno familiar combinaba la enseñanza con el conocimiento de las leyes: su padre era abogado; sin embargo, la estabilidad duró poco. Cuando Luis aún no cumplía cuatro años, su papá fue asesinado tras haber ganado un litigio. Años más tarde, en 1931, la muerte de su madre por cáncer lo dejó huérfano a los trece. Aquellas pérdidas tempranas marcaron el inicio de una vida que tendría que construirse sin tutela y con una responsabilidad prematura.

Quienes lo escucharon recordar aquellos años sabían que el dolor no lo volvió amargo. Con sus hermanos menores escapó de la tutela severa de una tía y viajó a la Ciudad de México en busca de la nana que los había cuidado. Allí comenzó la otra mitad de su historia: la del trabajo y la voluntad.

Las raíces de Luis Justo no fueron únicamente geográficas. Fueron raíces de esfuerzo, de estudio, de vocación pública. Antes de que la tierra y las plantas se convirtieran en su pasión, ya existía en él una herencia profunda: la convicción de que el conocimiento debía compartirse y de que el trabajo, por modesto que pareciera, tenía un sentido social.

Formación y vocación

Luis Justo fue mensajero, cargador, ayudante de peletería, trabajando de día y estudiando de noche. Desde niño había sido alumno destacado; ahora esa disciplina se había convertido en salvavidas. Terminó la carrera de maestro de educación primaria y más tarde cursó especialidades en Biología, Geografía, Matemáticas y Lengua y Literatura en la Normal Superior. De forma autodidacta aprendió latín, inglés y algo de francés, construyendo un bagaje educativo e intelectual que se transformaría en un capital invaluable.

Ejerció como docente en el Colegio México con los Hermanos Maristas y al mismo tiempo continuó preparándose en el Instituto Pasteur. Motivado por el trasfondo de vocación educativa de su madre, fundó más adelante el Colegio Interamericano, que ofrecía educación desde preescolar hasta preparatoria.



LUIS JUSTO CARRIÓN TEJEDA Y SUS ALUMNOS



LUIS JUSTO CARRIÓN TEJEDA

La enseñanza era para él mucho más que un oficio, era una forma de organización y transformación social: Luis Justo repetía que educar era organizar, enseñar e impulsar a la gente para que saliera adelante.

Educador y fundador

Impulsado por su ideal educativo, Luis Justo se convirtió en cofundador —junto con Sanshiro Matsumoto y miembros de la comunidad japonesa— de una experiencia pedagógica singular para su tiempo: la primera escuela México-Japón establecida en la Ciudad de México. La institución comenzó sus actividades en la calle Carlos B. Zetina número 52, en la colonia Tacubaya y se concibió principalmente para la educación primaria. En ella convergían dos tradiciones culturales distintas que encontraban en la escuela un espacio de encuentro cotidiano. Para Luis Justo, aquel proyecto no era únicamente un centro escolar: era una prueba concreta de que la educación podía tender puentes entre culturas que, en apariencia, parecían lejanas.

La relación con la colonia japonesa fue creciendo con los años. La experiencia inicial en Tacubaya terminaría ampliándose cuando la propia comunidad japonesa impulsó posteriormente la construcción de una nueva



LUIS JUSTO CARRIÓN TEJEDA Y LA COMUNIDAD MÉXICO - JAPÓN



LUIS JUSTO CARRIÓN TEJEDA Y SUS ALUMNOS

escuela en la colonia Las Águilas, señal de que aquella iniciativa había sembrado una confianza duradera. Quienes participaron en esos esfuerzos recuerdan que Luis Justo no veía la enseñanza como una actividad limitada al aula. Entendía la educación como un proceso social más amplio: un espacio donde el conocimiento, la disciplina y la convivencia podían formar ciudadanos capaces de comprender el mundo más allá de sus fronteras inmediatas.

Aquellos años también ampliaron su mirada cultural. Su interés por los idiomas y su curiosidad intelectual lo llevaron a acercarse con naturalidad a tradiciones distintas a la propia. En ese ambiente de intercambio, donde convivían maestros, estudiantes y familias provenientes de distintos contextos, Luis Justo fortaleció una convicción que lo acompañaría siempre: la educación tenía la capacidad de acercar pueblos, abrir horizontes y sembrar respeto entre culturas diferentes.

Sin embargo, mientras su vida profesional avanzaba en el terreno educativo, otro interés comenzaba a germinar silenciosamente. Las disciplinas que había cultivado con dedicación —la geografía y la biología— empezaron a revelarle una dimensión distinta del conocimiento: la relación directa entre la tierra, el clima y las formas de vida que nacen de ellos. Aquella curiosidad, que al principio era apenas una inclinación

intelectual, terminaría transformándose con los años en una pasión concreta y decisiva.

Así, casi sin advertirlo al principio, el maestro que había dedicado su juventud a formar estudiantes comenzó a mirar con creciente atención el mundo de las plantas. Ese interés, nacido del estudio y de la observación, acabaría por conducirlo hacia un territorio inesperado donde educación, naturaleza y comunidad volverían a encontrarse, aunque de una manera distinta.

El descubrimiento de la tierra

Su profundo interés por las plantas le llevó al conocimiento y a la construcción de un proyecto a largo plazo, fundando Viveros Mexicanos S.A. de C.V., empresa que entre 1960 y 1990 participó de manera decisiva en la infraestructura verde de la Ciudad de México. Pero, acorde con sus miras elevadas, el objetivo de Luis Justo no era solo de vender plantas, sino diseñar paisajes urbanos completos.

De esta forma, participó en la creación de camellones y barreras vegetales durante la apertura de los ejes viales en la década de 1970, suministró jacarandas y fresnos para Paseo de la Reforma, intervino en el mantenimiento del Parque Hundido y el Parque de los Venados, colaboró en conjuntos habitacionales del



RANCHO "EL CARMEN", ATLIXCO, PUEBLA



PROF. LUIS JUSTO CARRIÓN TEJEDA Y SU ESPOSA MARÍA DOLORES CUELLAR FARÍAS CON LA COMUNIDAD JAPONESA EN MÉXICO

INFONAVIT e ISSSTE bajo el concepto de ciudad jardín. Además, organizó también ferias de floricultura en Chapultepec, contribuyendo a la difusión de este arte.

Así también, para el IMSS trabajó en la Unidad Independencia, inaugurada el 20 de septiembre de 1960, donde 37 hectáreas verdes rodeaban viviendas y espacios culturales. Diseñó jardines terapéuticos en hospitales y participó en el Centro Médico Nacional Siglo XXI y en el Centro Vacacional de Oaxtepec. Allí creó un jardín botánico vivo inspirado en los antiguos jardines de Moctezuma, integrando orquídeas, helechos monumentales, palmeras y estanques con nenúfares bajo una cúpula geodésica.

El dinamismo que caracterizaba a Luis Justo le llevó a trabajar en ciudades muy diversas. En Guadalajara intervino en avenidas como Vallarta y López Mateos y en la Glorieta de la Minerva. En Playa Mujeres, Quintana Roo, integró flora nativa en el diseño del corredor Paseo Mujeres, reutilizando material vegetal rescatado y favoreciendo corredores biológicos. En Guadalajara, Jalisco, trabajó en el Centro Médico Nacional de Occidente. En Cozumel, construyó el jardín botánico Chankanaab. En Villa Guerrero, en el Estado de México, impulsó la producción de flor, transformando radicalmente la economía local. En Xalapa, trabajó en la ampliación de la Avenida Circunvalación (Lázaro Cárdenas), la Avenida Adolfo

Ruiz Cortines, la Avenida Murillo Vidal, la Avenida Xalapa y Arco Sur, así como en la Ex Hacienda El Lencero y en el Museo de Antropología, respetando el bosque mesófilo de montaña.

En Coatepec, desde los años 60 hasta 1990, dio trabajo en sus centros de producción a más de doscientos cincuenta empleados locales y en sus obras de jardinería y reforestación urbana en todo el país a más de novecientos empleados de la región, incluyendo las comunidades de El Grande, El Chico, Tuzamapan, La Orduña, Pacho Viejo, Las Lomas, Zimpizahua, San Marcos, Consolapa, Cinco Palos, Mahuixtlán, El Vado, y regiones de Banderilla, Xico, Teocelo, Tuzamapan y Emiliano Zapata.

Su enfoque no separaba la estética de la ecología: llamaba al medio ambiente “la herencia de la tierra”. En sus viveros empleaba fertilización orgánica producida por él mismo y mantenía jornadas de limpieza de ríos y carreteras.

Dimensión pública y social

La amistad de Luis Justo con Benito Coquet Lagunes fue la piedra angular del proyecto de urbanismo social del IMSS. Los jardines facilitaron la aceptación comunitaria de clínicas y hospitales: “Los jardines parecen de un multimillonario, y no”,



ALCALDE PROF. LUIS JUSTO CARRIÓN TEJEDA, ATLIXCO, PUEBLA



ALCALDE PROF. LUIS JUSTO CARRIÓN TEJEDA, ATLIXCO, PUEBLA

dirían años después, “aquí vive gente que no tiene mucho dinero, pero ama su lugar”.

Así mismo, Luis Justo presidió la Confederación Nacional de Floricultores y Viveristas. En 1963 impulsó el decreto que declaró a la dalia Flor Nacional de México y en 1980 inauguró el Primer Simposium Internacional de Floricultura y Viverismo, con científicos de diversas nacionalidades, como Holanda, Alemania, Israel y Estados Unidos.

Luis Justo Carrión Tejeda fue también presidente municipal de Atlixco, Puebla, entre 1987 y 1988, bajo el lema “Trabajo y Justicia para Atlixco”. Impulsó infraestructura básica, fortalecimiento educativo y preservación ambiental. En el Rancho El Carmen desarrolló floricultura tecnificada y producción frutal que contribuyó a la fama de Atlixco como Ciudad de las Flores.

Coatepec: La construcción comunitaria

Yendo un poco atrás en el tiempo, Luis Justo llegó en 1963 a Coatepec, en donde introdujo por vez primera especies poco conocidas o escasamente cultivadas en el país. Entre ellas se encontraban variedades como el Anthurium, el Spathiphyllum

Sensation, el helecho cuero y diversas orquídeas tanto híbridas como nativas, que con el tiempo se convertirían en parte importante de la producción ornamental local. Pero más que limitarse a producir plantas, Luis Justo insistía en compartir el conocimiento necesario para cultivarlas, siempre congruente con su filosofía de vida. Enseñaba a observar la tierra, la humedad, la luz y el ritmo de las estaciones.

Quienes vivieron esa etapa recuerdan que su presencia en Coatepec no se reducía a la actividad productiva. Luis Justo tenía la convicción de que el desarrollo de una comunidad debía construirse en varios frentes a la vez. Por ello apoyó iniciativas locales que buscaban mejorar la vida cotidiana del municipio. Donó terreno para la construcción de una escuela en la región de Tapachapan, colaboró en la terminación del Palacio Municipal —que durante un tiempo había permanecido inconcluso— y prestó durante muchos años un terreno para la celebración de la Feria del Café.

Con el paso del tiempo, aquel espacio terminaría siendo conocido de manera natural por la comunidad como el Recinto Ferial, un lugar de encuentro donde la producción local, las expresiones culturales y la convivencia comunitaria encontraban un escenario común.

La influencia de Luis Justo también se extendía a las pequeñas tareas que, sin ser espectaculares, transforman poco a poco el rostro de una comunidad. Algunos vecinos recuerdan las jornadas en las que promovía la construcción de banquetas o impulsaba la pavimentación de calles en un Coatepec que entonces arrastraba rezagos importantes en su infraestructura. En aquellos años, no era extraño escuchar a algunos habitantes referirse con ironía al pueblo como “Hoyotepec”, aludiendo a los baches y a la falta de caminos adecuados. Luis Justo respondía a esas carencias de una manera práctica: organizando a la gente, convocando a participar y recordando que muchas mejoras podían comenzar con el esfuerzo colectivo.

En otras ocasiones impulsaba campañas para limpiar caminos, ríos o tramos de carretera cercanos a sus centros de producción. La preocupación por el entorno natural no era un discurso abstracto para él. Consideraba que el cuidado de la tierra formaba parte de la responsabilidad de quienes vivían de ella y la trabajaban diariamente.

Recordamos —dicen sus hijos— aquellas jornadas en las que convocaba a vecinos, trabajadores y amigos para mejorar algún espacio común. Decía que el progreso no era asunto de discursos sino de manos trabajando. Luis Justo no esperaba a que la iniciativa

viniera de arriba o de fuera: la iniciativa nacía en cada persona, en el deseo de transformar el lugar donde se vive. En Coatepec, esa idea fue tomando forma lentamente, como crecen las plantas cuando encuentran el suelo adecuado.



PROF. LUIS JUSTO CARRIÓN TEJEDA, OAXTEPEC, MORELOS



ORQUIDEARIO, RANCHO "EL CARMEN", ATLIXCO, PUEBLA

Lolita: Presencia, continuidad y legado

María Dolores Cuellar Farías —a quien todos conocían simplemente como Lolita— nació en Uruapan, Michoacán, en 1921. Su vida estuvo profundamente entrelazada con la de Luis Justo Carrión Tejeda, no solo como esposa, sino como compañera constante en los múltiples proyectos que marcaron la trayectoria de su familia. Quienes la conocieron la recuerdan como una mujer empeñosa, de carácter firme y dedicación silenciosa, capaz de acompañar con discreción las empresas de su esposo y al mismo tiempo sostener el amplio universo doméstico que una familia conlleva.

A lo largo de los años, Lolita supo construir vínculos sólidos con su entorno, dejando una huella afectiva en quienes formaron parte de su vida cotidiana.

La vida familiar de los Carrión Cuellar fue amplia y dinámica. Tuvieron doce hijos, de los cuales sobrevivieron diez, y la casa se convirtió durante décadas en un espacio de encuentro constante. Lolita era el centro natural de esa vida cotidiana. No solo organizaba el hogar, sino que participaba activamente en la vida social que se generaba alrededor de la familia y de los numerosos amigos



BODA, LUIS JUSTO CARRIÓN TEJEDA Y MARIA DOLORES CUELLAR FARIAS
12 DE NOVIEMBRE DE 1939

que visitaban con frecuencia los viveros, las plantaciones o la casa familiar. Su papel fue decisivo para que muchos de los proyectos de Luis Justo pudieran desarrollarse en un ambiente de cercanía y hospitalidad.

Quienes compartieron con ellos aquellos años recuerdan con particular cariño la dimensión doméstica de esa convivencia. Lolita tenía un gusto especial por la cocina mexicana y solía convertir las reuniones familiares en verdaderas celebraciones culinarias. En aquellas mesas largas, siempre llenas de platillos y conversación, se reunían amigos cercanos, colaboradores y familias amigas. Más que simples encuentros sociales, aquellas comidas eran momentos de intercambio y aprendizaje, donde las recetas se compartían con la misma naturalidad con la que se compartían historias, ideas o recuerdos.

Después del fallecimiento del profesor Luis Justo Carrión Tejeda el 20 de octubre de 1990, Lolita dio continuidad a muchas de las iniciativas comunitarias que ambos habían impulsado. Entre ellas destacó la decisión de seguir prestando a la comunidad el terreno donde durante años se había celebrado la Feria del Café de Coatepec. Aquel espacio, conocido por todos como el Recinto Ferial, había sido concebido originalmente como un lugar donde los productores locales,

artesanos y artistas de la región pudieran mostrar su trabajo y fortalecer la vida cultural del municipio.

Con el paso del tiempo, sin embargo, Lolita observó con cierta preocupación que el espíritu original de la feria comenzaba a diluirse. Lo que había nacido como un espacio para la producción local y la convivencia comunitaria empezaba a transformarse gradualmente en un mercado dominado por comerciantes externos y productos ajenos a la identidad del lugar. Dicha transformación la llevó a reflexionar sobre la necesidad de recuperar el sentido cultural y social que había inspirado inicialmente aquel proyecto.

Esa reflexión terminaría dando origen a una de sus decisiones más significativas. Lolita determinó que la mitad del terreno que durante tantos años había sido prestado para la feria se destinara a un nuevo propósito: la creación de un parque o centro dedicado al arte, la recreación y la cultura para la población de Coatepec. La idea no era únicamente preservar un espacio físico, sino convertirlo en un lugar donde la comunidad pudiera reunirse, aprender y desarrollar nuevas actividades culturales y educativas.

La inspiración para este proyecto surgió de una experiencia singular. En 2018, el Comité Organizador de la Asociación del Tournament of Roses de Pasadena, California, en los Estados Unidos, invita a

participar como juez en la 129ª celebración del Rose Parade a su hija, María Eugenia, a quien acompaña.

Durante esa visita, Lolita tuvo la oportunidad de observar de cerca la extraordinaria organización comunitaria que hacía posible aquel evento, donde cientos de voluntarios —niños, jóvenes, adultos mayores e incluso personas con discapacidad— trabajaban juntos durante todo el año para preparar la celebración.

El lema de aquella edición del desfile, “Making the Difference” –“Haciendo la Diferencia”- quedaría profundamente grabado en su memoria. Lo que más la impresionó no fue la magnitud del evento, sino el espíritu de participación colectiva que lo sostenía. Ver a toda una comunidad organizada alrededor de un proyecto común le hizo pensar que algo similar podía construirse también en Coatepec.

De regreso en México, se impulsó la creación de una asociación civil integrada por personas del propio municipio que compartieran el deseo de transformar ese espacio en un proyecto comunitario. La visión era clara: un lugar incluyente, abierto a niños, jóvenes y adultos mayores, que ofreciera oportunidades de aprendizaje, convivencia y desarrollo personal para todos los sectores de la población.

El proyecto, inicialmente imaginado por Lolita, contemplaba múltiples espacios destinados a la vida cultural y comunitaria: una biblioteca, talleres de artes y oficios, áreas de exposición, espacios para eventos al aire libre, zonas lúdicas para los niños y senderos dedicados al paseo contemplativo y botánico. También se pensaba en áreas para actividades físicas, como pistas para caminar, andar en bicicleta o practicar yoga, así como espacios destinados a artesanos y pequeños emprendimientos locales.

Pero más allá de la infraestructura proyectada, lo que realmente definía su propuesta era el espíritu con el que concebía el lugar. El parque debía ser un espacio para rescatar y fortalecer las tradiciones culturales de Coatepec, promover el respeto por el medio ambiente y ofrecer oportunidades de desarrollo a quienes contaran con menos recursos. La idea central era que la comunidad misma participara en su construcción y en su funcionamiento, siguiendo el modelo de colaboración que tanto la había impresionado en Pasadena.

Así, incluso después de la muerte de Luis Justo, Lolita continuó dando forma al legado compartido por ambos: la convicción de que el progreso de una comunidad no depende únicamente de grandes



MARIA DOLORES CUELLAR FARÍAS

obras o decisiones gubernamentales, sino de la participación activa de las personas que habitan y cuidan un lugar.

En esa visión persistía una manera de entender lo público como algo cercano y compartido, donde cada acción contribuía a un bien mayor. Lolita sostenía que el valor de un espacio radica en la vida que genera a su alrededor, por lo que su legado trasciende lo físico y se convierte en una invitación a construir comunidad.

María Dolores Cuellar Farías falleció el 30 de mayo de 2021. Con ella desaparecía una figura discreta pero fundamental en la historia de aquella familia y de los proyectos que marcaron su entorno. Sin embargo, las ideas que impulsó en sus últimos años permanecen como una invitación abierta: la de construir espacios donde la cultura, la naturaleza y la convivencia comunitaria puedan seguir creciendo para las generaciones que vienen.

Su recuerdo permanece en las personas y en las iniciativas que ayudó a imaginar. Más que una despedida, su partida dejó una continuidad en los esfuerzos colectivos que siguen tomando forma.

Recinto ferial: pasado, presente y futuro

El proyecto Centro de Artes, Recreación y Cultura (CARC) Profesor Luis Justo Carrión Tejeda y María Dolores Cuellar, A.C., es una asociación civil de voluntarios ciudadanos de Coatepec, Veracruz, surgida a partir de la historia de vida y la filosofía personal del Profesor Luis Justo de organizar e impulsar a nuestras comunidades para transformarlas positivamente y llevarlas hacia adelante, así como del ideal de María Dolores, Lolita, de recuperar el sentido cultural y social con el que nació el proyecto de la Feria del Café de Coatepec en su espacio tradicional, conocido por

todos como el Recinto Ferial, para fortalecer la vida cultural del municipio. No sólo se trata de la preservación de un espacio físico, sino también de la creación de un lugar de reunión, aprendizaje y desarrollo en torno a la cultura de Coatepec, un lugar en el que convergen pasado, presente y futuro:

Pasado, porque sus fundamentos se encuentran en el legado de Don Luis Justo y de Lolita en Coatepec. Presente, porque su legado sigue vivo y porque actualmente se conserva un espacio por todos conocido, donde se construye ciudadanía y comunidad. Futuro, porque los objetivos que mueven a la asociación civil no se detienen en lo existente, sino que tienden hacia el posicionamiento de un espacio cultural y recreativo de referencia en la región, que inspire la construcción de un futuro mejor para nuestro municipio, así como lo imaginaron los fundadores de la familia Carrión Cuellar.

En este sentido, la asociación civil tiene como objetivos fundamentales el desarrollo y la operación del Centro de Artes, Recreación y Cultura como un espacio educativo y recreativo, enfocado en la conservación de la naturaleza y la cultura local, la promoción de la floricultura, el viverismo, las hortalizas y la medicina herbolaria, con énfasis en la flora nativa, para fortalecer la conexión entre los

habitantes y su entorno, fomentando al mismo tiempo la generación de oportunidades de crecimiento, la capacitación en artes y oficios, impulsando la creación artística, fortaleciendo la convivencia familiar y contribuyendo a la construcción de la economía circular y a la expansión de las prácticas sustentables en Coatepec.

Con base en estos objetivos, misión y visión, los componentes sugeridos para el CARC incluyen instalaciones recreativas, culturales y educativas, así como la impartición de talleres de ayuda personal y familiar.



Centro de Artes, Recreación y Cultura A.C
LUIS J. CARRION TEJEDA Y MARIA DOLORES CUELLAR



RECINTO FERIA, COATEPEC, VERACRUZ



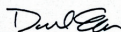
Since 1890, the Pasadena Tournament of Roses and its 935 members have hosted America's New Year Celebration with the Rose Parade and the Rose Bowl Game. In doing so, we bring people together to celebrate the hope and joy of a new year filled with unlimited possibilities -- inspiring imagination and creating memories.



 On behalf of the Pasadena Tournament of Roses, we extend our support and friendship for the development of the Centro de Arte Y Cultura Profesor Luis Justo Carrion Y Maria Dolores Cuellar to

The family of Professor Luis Justo Carrion and Maria Dolores Cuellar

We applaud Professor Luis Justo Carrion and Maria Dolores Cuellar for their inspiration and generosity in establishing and supporting the cultural center.



DAVID EADS
CHIEF EXECUTIVE OFFICER



ALEX AGHAJANIAN
2024 PRESIDENT



RECONOCIMIENTO DE LA ASOCIACIÓN TORNEO DE LAS ROSAS DE PASADENA



*MARCHING BANDS EN LA CEREMONIA DE PRESENTACION DEL PROYECTO,
COATEPEC, VERACRUZ*



*SR. TERRY MADIGAN, SECRETARIO DEL COMITÉ EJECUTIVO
DE LA ASOCIACIÓN DEL TORNEO DE LAS ROSAS DE PASADENA
EN LA PRESENTACIÓN DEL PROYECTO CARC, EN COATEPEC, VERACRUZ*



Festival®
Internacional de la

Orquídea

Dr. Isaias Contreras Juárez

Coatepec • Veracruz

Otorga el presente
Reconocimiento a

Luis Justo Carrión Tejeda †

Por su **dedicación** y **amor** al cultivo de las Orquídeas,
su afición ha contribuido para hacer de
Coatepec la Capital de las Orquídeas de México.

27 de marzo de 2026

Sarahí Valdivia Espinoza

Directora del Festival



RECONOCIMIENTO AL PROF. LUIS JUSTO CARRIÓN TEJEDA
COATEPEC, VERACRUZ

El Rocío
Poema in memoriam,
Luis Justo Carrión Tejeda

Una trémula gota
del rocío mañanero,
reposa sobre un pétalo
de hermosa y fresca flor.

Tiene la forma esférica
de todo el universo.
Tiene la transparencia
del alma del creador.

En ella vibra el cosmos;
es fuente de vida,
prodigio de la floresta,
gloria del lirio azul...

Mientras por las mañanas
las gotas del rocío
refresquen sus praderas;
mientras este milagro
del ciclo de la vida
salude nuestro andar,
los hombres seguiremos
los rumbos del destino;
luchando, amando, creando.

Mas, ¡ay! que se nos ocurra
seguir contaminando,
seguir quemando el bosque,
seguir secando ríos;
seguir dilapidando
la herencia de la tierra;
porque al fin segaremos
del hombre, el existir.



PROF. LUIS JUSTO CARRIÓN TEJEDA

Frases, pensamientos y dichos frecuentes del Profesor Luis Justo Carrión Tejeda

- Uno de los valores esenciales que hace a un ser humano es ser leal y agradecido.
- Si realmente deseas ayudar y hacer que se realicen los cambios, empuja y empuja. Nunca quieras ir al frente.
- Si deseas algo en la vida, sé tenaz, nunca flaquees.
- Lucha por lo que sea tu pasión. Si quieres ser barrendero, sé el mejor, que todo trabajo es digno.
- Si ayudas o das algo a alguien, dalo convencido de que lo quieres dar y nunca esperes que te lo agradezcan; de lo contrario, te sentirás infeliz o resentido.
- Los hombres seguiremos los rumbos del destino: luchando, amando, creando.
- Cuidemos la herencia de la tierra; si no, segaremos del hombre el existir.
- Las flores visten nuestra cuna, nuestro hogar y nuestra tumba.
- Las flores son garantía de supervivencia de la raza humana.
- Las flores poseen la facultad de aprisionar la energía solar y ofrecerla generosamente al servicio del hombre.
- Las flores, cuyo trato y cultivo constituyen privilegio inapreciable para nosotros, los floricultores.

- Aspiremos al mejoramiento profesional y económico de los floricultores y viveristas.
- Las flores son el paradigma de la vida misma, en cuyos pétalos se aprisionan los colores del arcoíris en sus más exquisitas manifestaciones y en cuyos cálices están encerrados el misterio de la vida y el milagro de la creación.
- Las plantas nos enseñan que florecer requiere tiempo, paciencia y amor, que las harán perdurar todas las estaciones de la vida.
- El secreto en un jardín no es correr tras las mariposas, sino cuidarlo para que ellas lleguen a él.
- En una gota del rocío vibra el cosmos, es fuente de vida, prodigio de la floresta, gloria del lirio azul.



LUIS JUSTO CARRIÓN TEJEDA Y MARÍA DOLORES CUELLAR FARIAS

Frases, pensamientos y dichos frecuentes de la Señora María Dolores Cuellar Farías

- Para saber mandar hay que saberlo hacer.
- No te enganches en las cuestiones negativas.
- Trata de ver siempre lo positivo.
- El amor entra por el estómago: ¡Prepara algo exquisito!
- Solamente una vez se ama verdaderamente.
- En la vida hay que ser agradecidos: ésa es la verdadera felicidad.
- Nunca te des por vencida.
- Aprende a escuchar.
- Ponte en los zapatos de la otra persona y la entenderás.
- No eches más leña al fuego.
- La alegría de la vida está verdaderamente en amar a tu familia, porque de ella vienes y de ella te vas a sentir orgullosa en la vida.

Himno del Colegio Interamericano

Marchemos, compañero, marchemos al progreso,
vayamos siempre unidos, en pos de nuestro ideal.

Amemos al trabajo, amemos a la ciencia
honrando así el esfuerzo que nos da siempre el saber.

Sea luz en las conciencias, sostén de la verdad,
anhelo incontenible de ser mejores siempre
de conquistar la gloria y cumplir con el deber.

Oigamos atentos la voz de los maestros
que nos aconsejan con amor.

Abramos el surco,
semilla fecunda de paz y constancia sembremos en él.

Y así, mis compañeros por siempre y donde quiera
digamos con orgullo que viva el Colegio Interamericano.

Profesor Luis Justo Carrión Tejeda,
autor de su música y letra,
años 50.

El legado de la familia Carrión Cuellar

Teresita Carrión Cuellar

Los inicios y la formación. Mi padre, el Profesor Luis Justo Carrión Tejeda, llegó a la Ciudad de México buscando libertad, tras una infancia difícil marcada por el maltrato. Sus primeros trabajos fueron humildes — en una cantina y fabricando cinturones—, pero su esfuerzo le permitió costearse la carrera de maestro en la Normal Superior. Se especializó en Literatura y Matemáticas, destacando por su excelencia académica. Más tarde, fundó su propia empresa de plásticos.

Contribución educativa y social. Su impacto en la educación fue diverso y profundo: fue docente en el Colegio México, colaboró con la comunidad japonesa en el Liceo Mexicano Japonés y fundó el colegio Futaba Gakuen. Fundó el Colegio Interamericano y una academia de inglés (idioma que aprendió por cuenta propia).

Huella urbana y agrícola. Fue un incansable trabajador de la tierra y el paisaje: responsable del ajardinamiento de vías principales como Reforma, Insurgentes y Coyoacán. Diseñó la jardinería del IMSS. Desarrolló los ranchos de Atlixco y Coatepec, destacando en la cría de ganado y la floricultura como gran agrónomo. Fundó la asociación de floricultores de México para fomentar la importación y exportación.

Integridad política. Su vocación de servicio lo llevó a la Presidencia Municipal de Atlixco, Puebla. Sin embargo, su ética fue innegociable: renunció al cabo de un año al negarse a aceptar prácticas corruptas ("tranzas") contra el pueblo.

El pilar familiar. Nada de esto habría sido posible sin mi madre María Dolores Cuellar Farías. Mientras criaba y educaba a sus diez hijos, se destacó como maestra de pintura tarasca, técnica tradicional que heredó de su abuela y que preservó con orgullo y dedicación. Agradezco al universo el ser hija de esos padres maravillosos.



MARÍA DOLORES CUELLAR FARIAS, TERESITA CARRIÓN CUELLAR Y LUIS JUSTO CARRIÓN TEJEDA

Historia del Profesor Luis Justo Carrión Tejeda y María Dolores Cuellar Farías

María Dolores Carrión Cuellar

El Profesor Luis Justo Carrión Tejeda nace el 9 de agosto 1918. A los 13 años de edad muere su madre y posteriormente se va con sus hermanos Jesús y Víctor a la Ciudad de México, donde conoce a Lolita (María Dolores Cuellar Farías). Como dato curioso; la mamá de Lolita, la abuela Rita, tenía una tiendita y Lolita la ayudaba, ahí la conoció y se enamoró de ella, pero como no se atrevía a pedirle que fuera su novia, les pidió a sus hermanos que lo envolvieran para regalo y se lo llevaron a regalar a Lolita y de ahí se hicieron novios y se casaron.

Otro dato curioso fue que siendo director y dueño del Colegio Interamericano ubicado en la Colonia San Pedro de los Pinos, se fue a vivir hasta el Sur por Coapa, en Calzada de la Virgen, donde era área de campo y ladrilleras, por su hija recién nacida, María Elena: el Médico le había indicado que la niña necesitaba cuidados especiales y dentro de ellos la leche de solo una vaca; así, ya con 8 hijos, empezó una vida de campo, construyendo una casita y sembrando milpa, hortalizas, alfalfa y árboles frutales. Criaban animales: vacas, cerdos, conejos, gallinas y de ahí alimentaban a

su familia. Por supuesto, esta granja estaba atendida por Lolita, la cual hasta cortaba la alfalfa para los animales. Ella siempre apoyó en este arduo trabajo a mi padre, era una guerrera, pues además se hacía cargo de todos sus hijos personalmente.

Mi padre, por ser tan querido por la gran familia de emigrantes japoneses que llegaron a México, fue padrino de bodas de varios matrimonios. Concurrió para realizar la jardinería de la primera unidad habitacional del Seguro Social, IMSS, Unidad Independencia, en San Jerónimo, con mucho éxito, por lo que siguió concursando y realizando otras más, incluyendo clínicas, así como en Oaxtepec, Morelos, en donde realizó una espectacular jardinería muy avanzada para su tiempo. Posteriormente, se va a vivir a la colonia Narvarte con su familia que ya era de diez hijos.



MARÍA DOLORES CARRIÓN CUELLAR, LUIS JUSTO CARRIÓN TEJEDA Y MARÍA DOLORES CUELLAR FARIAS

Las enseñanzas de mi padre, el Profesor Luis Justo Carrión Tejeda

María Eugenia Carrión Cuellar

Para mi padre, sus hijos fuimos su mayor tesoro, siempre pendiente de nuestra formación física, educativa y moral. Trabajaba mucho, ya que diez hijos demandaban mucho, pero siempre encontraba tiempo para darnos cariño y guía a cada uno. Recuerdo que llegaba antes de que nos fuéramos a dormir a contarnos un cuento escrito por él mismo.

Cómo recuerdo que me cepillaba con toda delicadeza mi pelo largo después del baño, también recuerdo las canciones que componía e íbamos cantando los fines de semana camino a sus viveros. Por ejemplo: “las hormigas vienen, las hormigas van, las hormigas tienen fuerza de titán, con su afán que tienen buen ejemplo dan, las hormigas vienen, las hormigas van”, y así muchas más.

También nos enseñaba y repetíamos poemas, competencia de matemáticas, trabalenguas, nos contaba historias y nos hacía razonar sobre las mismas. En fin que era bien divertido y el camino se hacia corto. Así también fue con sus nietos, pero a ellos les construyó una casita junto a su casa en Atlixco, Puebla, que manejaban ellos, tenían reglas, etcétera: era su territorio, claro que los capitanes eran los abuelos.

También me viene a la memoria cuando era director de la primera escuela japonesa en México y que ahí yo curse el primer año de primaria, los fantásticos días de campo que organizaba con los alumnos y los padres de familia a Los Dinamos de Contreras, donde había competencias de equipos jalando el lazo, patinar con nopales, etcétera; pero para mí, era increíble ver a las mamás japonesas poniendo sobre un hermoso mantel sus cajas de laca, sujetas con lienzos de seda y abrirlas y ver su deliciosa comida.

Después, tuvo su propia escuela, el Colegio Interamericano; pero al mismo tiempo estudiaba en la tarde en la Escuela Normal Superior de Maestros las cátedras de Matemáticas, Geografía, Biología, Lengua y Literatura y como vivíamos en ese entonces en un rancho, nos quedábamos a comer en la escuela y nos dejaba con maestros para que nos guiaran en tareas y estudio; posteriormente, llegaba por nosotros y en el camino nos iba preguntando a cada uno lo que habíamos aprendido, así como dudas.

Por cierto, cuando vivíamos en el rancho, nos dio grandes enseñanzas de vida, recuerdo una muy importante: sucede que nuestro vecino tenía una huerta de árboles de ciruelos (nosotros no teníamos tantos, pero también teníamos), la tenía bardeada y muy vigilada, lo cual nos llamó la atención y nos dio tentación, por lo cual hicimos un plan para cosechar

ciruelas y todo había salido bien y veníamos muy contentos de haber triunfado, pero no contamos con que en el camino de regreso a casa con nuestra canasta de ciruelas, nos íbamos a encontrar con mi padre, el cual, viendo la canasta de ciruelas, nos preguntó de dónde las habíamos tomado y dijimos la verdad. De inmediato nos hizo regresar con él, tocar la puerta del vecino y entregar la canasta indicando que nos las habíamos robado y que nos pusiera el castigo que él creyera conveniente. El vecino nos puso a quitar hierba de su huerta y al terminar (ya bien cansados) nos dio unas ciruelas. Fue una gran enseñanza.

Desde niños nos inculcó la lectura, la poesía, la música y las artes. A todos nos impulsó y nos decía “si quieres ser barrendero, sé de los mejores”, que nos dedicáramos a lo que más nos apasionara, para ser felices y disfrutar nuestro trabajo.

Me indicaba que si quería ayudar a las personas, a personas que trabajaran conmigo, etcétera, que las animara, compartiera lo que hubiera aprendido y me pareciera útil para ellos, que siempre empujara y no tratara de ir frente a ellas. Que si deseaba ayudar moral o económicamente a una persona, lo hiciera convencida de que lo deseaba hacer y nunca esperar nada de regreso, porque si no lo hacía así, no tenía caso, porque no iba a ser feliz. Era dar porque yo lo deseaba y eso es la felicidad.

Cuando tuve la hermosa experiencia de trabajar con él, me enseñó cómo llevar una contabilidad, una verdadera administración de tiempo, entregas, responsabilidades, compromisos. Me enseñó que mi palabra era más importante que un papel, que si yo había quedado con un cliente en algo y después me había dado cuenta que no me convenía, que era mi equivocación. Yo la tenía que asumir.

Sobre el amor, fue mi mejor consejero y siempre tuve la confianza de pedirle consejos y tomar decisiones que él siempre respetó. Cuando abrí la Florería Enviflora, él me apoyó en todo, cómo recuerdo que llevaba a sus amigos a presumir los diseños florales que hacía su hija. En fin, mi padre me dejó el mejor legado que puede dejar un padre a su hija, me enseñó, como dice un proverbio chino, a pescar y en la floristería que ha sido mi pasión. TE AMO, PAPÁ, Y AGRADEZCO INMENSAMENTE A DIOS HABERME DADO UN PADRE COMO TÚ.

Tu hija, María Eugenia Carrión Cuellar.



LUIS JUSTO CARRIÓN TEJEDA Y MARÍA EUGENIA CARRIÓN CUELLAR



MARÍA DOLORES CUELLAR FARIAS, LUIS JUSTO CARRIÓN TEJEDA Y MARÍA EUGENIA CARRIÓN CUELLAR

Momentos maravillosos vividos con mi madre, María Dolores Cuellar Farías

María Eugenia Carrión Cuellar

Para mí, mi madre fue mi amiga, confidente, como quien dice mi TODO. Tuve la fortuna de convivir con ella en diferentes épocas de mi juventud. Cuando estudiaba en el Instituto Miguel Ángel la hermosa profesión de Maestra Normalista, tenía un grupo de amigas que nos encantaba organizar fiestas temáticas y ahí estaba mi Lolita (como la llamaban mis amigas), ayudándonos a la decoración y sobre todo con los alimentos que íbamos a degustar. Era nuestra cómplice.

Posteriormente, gracias al destino, entré a trabajar con mi padre, el Profesor Luis Justo Carrión Tejeda, como la encargada de ventas de la flor de corte (en ese tiempo, la orquídea *Cattleya*) y me acompañaba a ir por las orquídeas a Cuernavaca y posteriormente a venderlas en las florerías, mercados, embarcarlas en el Aeropuerto y en líneas de autobuses para las florerías foráneas, etcétera.

Era a todo dar: cuando acabábamos nuestra labor, mi madre frecuentemente me invitaba a cenar o a un café o un rico postre y platicábamos muy a gusto como dos grandes amigas.

Cuando llegó la hora del novio ya en serio, lo aprobó, le cayó bien y recuerdo que me dijo: “un buen hijo será un buen esposo y padre”. Siempre me protegió y conté con su apoyo y sí fue cierto, es un excelente esposo y padre.

Ya casada, decidí seguir mis estudios en FAME en aquel tiempo de la Universidad Anáhuac, consistente en Historia del Arte, Literatura, Psicología y Filosofía y ¿qué creen? Que Lolita se animó y también se registró. Aprendimos mucho y fue una experiencia maravillosa con unas compañeras y maestros extraordinarios como el Doctor Rizo, Laurita, Meche.

Posteriormente abrimos las dos nuestra florería y como mi padre decía “si quieres ser barrendero, sé de los mejores”, decidimos prepararnos para no ser vendedoras de flores, sino diseñadoras florales. Y así dimos rienda suelta a cursos primero en Estados Unidos, luego en Europa y Asia. Cómo recuerdo cuando en la Universidad de Texas A&M, terminando la clase, salimos con el grupo a cenar y el cielo tenía un color espectacular y todos nos acostamos en el piso del estacionamiento (incluyendo Lolita) a disfrutarlo, luego nos fuimos a cenar y a convivir.

Otras actividades que compartimos: la costura (aprendimos a hacer nuestra ropa especial), la pintura en porcelana, la escultura y la pintura original tarasca, donde fue maestra y nos enseñó también a sus hijas y a una de sus bisnietas a pintar una batea tarasca que consistía desde moler la pintura en el metate, el gusano, etcétera. También hizo cuadros de flores, que por cierto, uno de ellos lo regaló a los padres Maristas. Otro de los grandes detalles de Lolita era invitarnos a sus hijas una vez al año a irnos de viaje por cruceros con ella, ¡qué experiencias!

Lolita era muy querida por sus amigas y familia así que cada año le celebraba su cumpleaños y ella escogía el menú, sus invitados y le encantaba la música, sobre todo de un tenor.

Estoy muy agradecida con Dios y el Sagrado Corazón de Jesús, Lolita fue desde niña muy devota de él, y pintó un hermoso cuadro de porcelana, que Dios mediante estará en la capilla que se construirá en CARC, Centro de Artes Recreación y Cultura A.C., Profesor Luis Justo Carrión Tejeda y María Dolores Cuellar Farías en el Recinto Ferial.

TU HIJA QUE TE ADORA,
María Eugenia Carrión Cuellar.



MARIA DOLORES CUELLAR FARIAS Y MARIA EUGENIA CARRION CUELLAR

Memoria Viva: Profesor Luis Justo Carrión Tejeda

Eduardo Carrión Cuellar

Recordar es VIVIR no solo el momento presencial, pero también cada instante del soñador consciente, idealista centrado, generoso permanente, prolífero e incansable creador de una historia esculpida con su visión definida de futuro, las acciones concretadas en su presente, la vinculación constructiva, el valor intrínseco, la mano firme para labrar, construir, sembrar y guiar, la voz fuerte y rica en sus cultas expresiones, de pensamientos elevados y su reflejo e impacto en el presente en el que se le evoca y lo vuelve permanente, actual, motivador e inspirador y justo, como el nombre con que fue bautizado.

Querido por sus acciones altruistas, y respetado por su profundo conocimiento, sabiduría, rectitud y humanismo, maestro veracruzano por herencia e influencia materna de corazón, egresado de la Benemérita Escuela Normal Veracruzana con especialidad en Literatura y en Escuela Normal de Maestros en la Ciudad de México como Maestro de Matemáticas, fue impulsor de la educación, de la floricultura, del viverismo, la protección al medio ambiente, señalando desde los años 60 del siglo pasado, el peligro por la deforestación nacional, la

quema de pastos y bosques inducida por prácticas ganaderas, y el alto riesgo del desequilibrio generado por el hombre que resultaría en un cambio climático alcanzable en muy poco tiempo en el país.

En su intensa y productiva existencia, hijo de un abogado y de una maestra rural, desde su huérfana y humilde niñez, supo abrirse caminos, entretejer voluntades, consolidar acciones, con su actividad incansable, para lograr la vinculación de la sociedad productiva, vulnerable, marginada y de bajo nivel socio-económico, con altos niveles de gobierno para alcanzar logros, que en su momento fueron visionarios e innovadores y actualmente son testigos físicos y contundentes de alto valor e interés en nuestro territorio mexicano.

En un mundo convulsivo, su determinación lo condujo a coordinar la recepción de gran parte de la comunidad japonesa para consolidarse en nuestro país como cultura ancestral y sabia, y fomentar la educación de la niñez mexicana fundando su propia escuela, y hacer llegar programas coordinados con la Secretaría de Educación Pública para la integración del deporte como fundamento de equilibrio en el desarrollo social educativo, la competencia cognitiva interescolar con el impulso de concursos de oratoria y declamación, la salud con programas de bocas y dientes sanos con

apoyo de cepillos y pastas dentales para las escuelas primarias y la cultura del ahorro con alcancías escolares para niños, todo lo anterior, sustentado en instituciones de gobierno y de la iniciativa privada, como la Secretaría de Educación Pública, el Instituto Nacional de Bellas Artes, la Secretaría de la Defensa Nacional, la Financiera Nacional, el Banco de México, la Lotería Nacional, el Instituto Mexicano del Seguro Social, la Secretaría de Salud, el Banco Interamericano, Colgate de México, incluyendo los gobiernos estatales del Distrito Federal, de Veracruz, del Estado de México, de Morelos, de Michoacán y de Jalisco.

Coatepec fue parte importante de su visión con acciones silenciosas, generosas, altruistas y determinantes con la terminación del ala izquierda desde la planta baja hasta su primer piso de Palacio de Gobierno y su intervención definitiva con el Presidente de la República para que, en comisión tripartita con el Gobierno de Veracruz y el Presidente Municipal de Coatepec, se pavimentaran con cemento los arroyos de las calles más importantes, con la mano de obra de la población, dándole una excelente imagen urbana con fluidez vehicular y peatonal a nuestro actual Pueblo Mágico.

El equilibrio ecológico, el embellecimiento urbano y la protección del medio ambiente fueron pilares de sus proyectos terminados, logrando con su conocimiento autodidacta y su gran capacidad de gestión, modelos

de jardinería para que en el país, se normatizara el uso de especies y variedades adecuadas con la creación de modelos que reducían costos y facilitaban el mantenimiento de los espacios urbanos con vegetación, tanto en calles y avenidas, como en parques y jardines, en especial en los Ejes Viales de la Ciudad de México, en las instalaciones petroleras de Petróleos Mexicanos en Veracruz y ciudades importantes como Xalapa, el Puerto de Veracruz, Monterrey y Guadalajara, entre muchas otras, ampliándolo a paletas vegetales para el Instituto Mexicano del Seguro Social en sus hospitales, centros de salud y clínicas, acordes a su clima y altura sobre el nivel del mar.

En especial, fue muy querido por todos aquellos que trabajaron con él y para él, así como para aquellos que convivieron y compartieron ideales y pensamientos, emociones y compromisos, escuchando su amena y constructiva plática, abundante en sabiduría y educadora en su contenido y expresión educada, mediadora, medida, mesurada, amable, honesta, definida, firme y decidida, que no fueron pocos y tampoco reducidos a una localidad específica, ya que era tan excelentemente bien recibido y atendido tanto por un humilde campesino o floricultor, como por un alto funcionario, empresario o incluso por varios Presidentes, gobernadores y dirigentes, tanto de la industria como de gobierno del país.

Hay personas que imprimen una huella tan profunda en su andar, que dejan de ser simples pasos, para volverse caminos abiertos y seguros que unen, comunican y fluyen con ellos, recuerdos y oportunidades actuales abiertas a una evolución obligada hacia espacios y tiempos mejores.

Sus pensamientos más importantes, en su interior creativo, los llevó a una expresión que deja como legado a todo aquel que al escucharlo y leerlo, se invada de la inspiración que lo alimentó y formó, como Himno a su muy querido Colegio Interamericano y herencia a su amada patria: México.



LUIS JUSTO CARRIÓN TEJEDA Y EDUARDO CARRIÓN CUELLAR

Recuerdos

Adriana Alvarado Carrión

Yo, Adriana Alvarado Carrión, cuando era niña solía ir a Coatepec, Veracruz, a un rancho que pertenecía a mi abuelo, el Profesor Luis Justo Carrión Tejeda, llamado Santa Esther, mejor conocido como El Jardín. Ahí se producía anturio holandés, orquídea Cattleya y se sembraban fresnos, bambú, limón y café. Sin embargo, antes de ello, mi abuelo sembró papa para nivelar el pH de la tierra y hacerla productiva. Posteriormente, regaló la cosecha de papa al pueblo y, gracias a su trabajo, obtuvo el primer lugar como finca cafetalera.

Cada ocho días íbamos al rancho en Coatepec para ver todo lo que tenía sembrado. Recorríamos la propiedad junto a él, mientras nos explicaba con detalle todo lo que ahí se hacía.

Hizo mucho por Coatepec; entre sus logros, concluyó la construcción del Palacio Municipal del centro de Coatepec.

Fue un hombre muy querido y apreciado por los coatepecanos de su época.

A sus nietos nos enseñó el valor del trabajo, la honestidad y la importancia de ser honrados, seguir el camino de la rectitud y amar la tierra.

Fue un abuelo que luchó mucho y trabajó arduamente para construir todo lo que tuvo, con perseverancia, esfuerzo y desvelo. Era muy inteligente, culto, un gran orador y, sobre todo, humilde, sencillo, dadivoso y generoso.

Mi abuelita, María Dolores Cuellar Farías, fue una gran abuela y una excelente esposa.

Ayudó a mi abuelo a construir todo lo que lograron y siempre lo apoyó.

Era muy cariñosa, tierna, una gran cocinera y una maravillosa compañera de viajes y aventuras.

Durante años fuimos a Coatepec con ellos y nos quedábamos dos semanas, disfrutando del campo y de su compañía.

Solíamos caminar por toda la propiedad y convivir plenamente con la naturaleza.

Le gustaba mucho la buena música y la buena comida. Fue una abuela muy apapachadora y disfrutaba comer rico.

Me enseñó a cocinar y a pintar en porcelana. Fue una gran madre: dadivosa, perseverante y siempre alegre.

En conclusión, la historia de mis abuelos representa un legado de amor, trabajo y compromiso con la tierra y con su comunidad. A través de su esfuerzo, perseverancia y valores, dejaron una huella profunda no solo en Coatepec, sino también en la formación humana y moral de su familia. Su ejemplo de honestidad, sencillez y generosidad sigue vivo en cada enseñanza transmitida, recordándonos la importancia de trabajar con dedicación, amar nuestras raíces y valorar el esfuerzo que da sentido a la vida.



ADRIANA ALVARADO CARRIÓN Y MARÍA DOLORES CUELLAR FARIAS

Memoria de mis abuelos: Luis Justo y María Dolores

Angélica Alvarado Carrión

Soy Angélica Alvarado Carrión. Mis abuelos fueron el Profesor Luis Justo Carrión Tejeda y María Dolores Cuellar Farías, a quienes cariñosamente llamaba "Mami" y "Papi". Mis mejores recuerdos son de cuando íbamos al rancho con ellos. Viajar por carretera era genial; mi abuelo solía contarnos historias, nos ponía divertidos retos matemáticos y demostraba su talento como gran poeta, recitador y orador.

Nos encantaba viajar con ellos porque siempre hacíamos paradas especiales: cenábamos en Chipilo antes de llegar al rancho de Atlixco, o en Perote antes de arribar al rancho de Coatepec. Esperábamos con ansias cada viernes para llegar a su casa en la calle de Vértiz, pues era el día más divertido: jugábamos con los primos y nos preparábamos para salir a carretera. Además, comer en su casa era un deleite; mi abuela era una cocinera excepcional con una sazón deliciosa que todavía puedo recordar.

Al llegar al rancho de Atlixco, mi abuela nos acostaba a todos en la misma habitación y nos daban el beso de buenas noches.

Por las mañanas, mi abuelo nos despertaba cantando desde la ventana canciones que él mismo nos componía; melodías que, al día de hoy, sigo cantándoles a mis hijas. En el rancho de Coatepec, nos invitaba a recorrer los terrenos para que aprendiéramos sobre las labores del campo. Nos enseñaba los nombres científicos de cada planta y caminábamos juntos por la montaña.

Era muy divertido jugar con lo que encontrábamos, desde las dunas de tierra hasta el río de Tapachapa. Regresábamos empapados y enlodados, por lo que mi abuela nos bañaba de inmediato y mi abuelo nos daba una "probadita" de whisky para entrar en calor y no enfermarnos. Eran sumamente consentidores: en Atlixco, mi abuelo construyó un espacio con alberca y canchas de tenis solo para nosotros, y en Coatepec hizo lo mismo. Por eso, cada fin de semana era más divertido estar con ellos que en cualquier otro lugar.

Mi abuelo siempre decía que el estudio era la base de todo. Si veía que no nos iba bien en el colegio, nos ponía clases de regularización o él mismo nos ayudaba si no estaba muy ocupado. Recuerdo mucho que leía todas las noches; yo me sentaba junto a él, ya fuera en el sillón o en su cama, para escucharlo leer un ratito. Por su parte, mi abuela nos enseñó a cocinar y a realizar las labores del hogar; decía que debíamos aprender para saber cómo nos gustaba que quedaran las cosas y así

poder dirigir después. Era una costurera excelente que confeccionaba su propia ropa para estar siempre elegante; bordaba divino y me enseñó lo que pudo. Aunque en ese entonces yo no era muy buena estudiante, la vida dio vueltas: terminé estudiando Alta Costura, y lo poco que sé de bordado y tejido se lo debo a ella. También era muy buena cantante; recuerdo que cantábamos juntas "La Llorona" y los boleros que tanto le gustaban.

Mi niñez, gracias a ellos, fue de las mejores épocas de mi vida. Mi abuelo se fue muchos años antes que mi abuela; ella fue una mujer fuerte, con carácter que mis hijas Sophia y Regina tuvieron la fortuna de conocer y gozar, pues como bisabuela les tocó que las consintiera, también les tocó viajar con ella en carretera a los ranchos y que les contaba historias.



MARÍA DOLORES CUELLAR FARIAS, ANGÉLICA ALVARADO CARRIÓN Y REGINA HERNÁNDEZ ALVARADO

Recuerdos

José Luis van Rijn

Cuando pienso en mis abuelos, lo primero que siento es gratitud. Una gratitud profunda, de esas que no caben en palabras, porque ellos no solo fueron mis abuelos: en una etapa crucial de mi vida, fueron hogar, fueron guía y fueron padres. Regresamos de Holanda cuando yo era muy pequeño, y durante más de un año ellos se hicieron cargo de nosotros con una entrega absoluta. Vivir con ellos fue entrar en un mundo lleno de enseñanzas, de cariño y de experiencias que, aunque sencillas, marcaron mi vida para siempre.

Recuerdo especialmente los viajes de cada fin de semana a los ranchos. Íbamos siempre juntos, como una familia unida, acompañándolos en su rutina. En el regreso, había un momento casi sagrado: escuchar La Hora Nacional. Mi abuelo la disfrutaba profundamente, y nosotros la escuchábamos con él, conversando, compartiendo ideas, debatiendo con respeto. Era un espacio de encuentro, de cercanía, de aprendizaje sin que nadie lo llamara así. A veces viajábamos apretados, porque mi abuelo, dedicado a las flores y las plantas, llenaba el carro o la camioneta de macetas, ramas y vegetación. Nosotros quedábamos acomodados en algún rincón, entre

toda esa carga viva. Y aunque pudiera parecer incómodo, para mí fue una aventura entrañable: ir rodeado de plantas, de primos, de campo, de familia.

Mi abuelo fue un hombre extraordinario. Un luchador. Una persona fuerte y rigurosa, pero al mismo tiempo profundamente humana y amable. Era respetado y querido por todos, y aún hoy se le recuerda con cariño. Todos los días, después de comer, se sentaba a leer con un whisky en la mano, compartiendo libros y enseñanzas como quien comparte pan. Su ejemplo nos dio fortaleza.

En vacaciones, nos enseñó algo que no se aprende en los libros: el valor del trabajo. Nos ponía a colaborar con la gente del campo desde muy temprano. Cortábamos alfalfa a las cinco de la mañana, limpiábamos caballerizas, bañábamos caballos, cuidábamos borregos, trabajábamos en los invernaderos trasplantando plantas o cargando tierra.

Era duro, sí, pero era real. Y en esa realidad aprendimos que todos somos iguales, que el esfuerzo dignifica y que la vida se construye con responsabilidad. Recuerdo con especial emoción el “día de raya”, cuando nos formábamos junto con todos los trabajadores para recibir nuestro sobrecito de pago.

Esa experiencia nos enseñó humildad y respeto por cada persona que trabaja.

Por las tardes, después del campo, venía otra lección: elegir un libro de la biblioteca del rancho en Atlixco, Puebla. Mi abuelo había leído todos. Cuando regresaba el fin de semana, nos preguntaba qué habíamos aprendido, qué opinábamos, qué nos había dejado la lectura.

No había manera de engañarlo. Así, sin darnos cuenta, nos formó también en el pensamiento, en la curiosidad, en el amor por el conocimiento.

De mi abuela, la memoria es igual de profunda. Cada viernes reunía a toda la familia en comidas inolvidables. Su cocina era impresionante, generosa, deliciosa.

Pero más allá de la comida, ella nos enseñó algo esencial: ser autosuficientes y serviciales. Nos hacía ayudar, lavar trastes, calentar tortillas, atender a los invitados.

Y entre tantas escenas, hay una que guardo con ternura: mi abuelo cortando naranjas. Con su clásica navaja suiza roja, las pelaba en espiral hasta dejar una cáscara larga como corbata.

Nos la colgaba con una sonrisa y nos daba la naranja pelada. Son recuerdos pequeños, pero llenos de amor.

Nos enseñó a planchar, barrer, trapear, coser, poner botones, lavar ropa incluso a mano, no para castigarnos, sino para que entiendiéramos el esfuerzo que hay detrás de cada cosa.

Nos formó en lo cotidiano, en la responsabilidad silenciosa.

Aunque podía parecer exigente, siempre nos consintió con cariño. Nos cuidaba, nos alimentaba, nos acompañaba. Y sobre todo, nos inculcó humildad: pensar en los demás, no tomar de más, no acabarse algo sin considerar al prójimo. Nos enseñó que vivir también es compartir.

Una de las cosas que más admiré de ellos como pareja fue su colaboración. A pesar de ser de otra época, de otra escuela, siempre fueron un equipo. Mi abuelo construyó su camino desde la pobreza hasta el esfuerzo y la estabilidad, pero nada de eso habría sido posible sin mi abuela. Ella fue soporte, cuidado, previsión. Cuando él caía, ella lo levantaba. Ella lo sostenía. Mis abuelos fueron amor en acción. Fueron disciplina, trabajo, humildad, servicio y enseñanza.

Me queda de ellos el deseo de ser un hombre de bien, honorable, respetable, humano. Y aunque este relato apenas comienza, sé que todo lo que soy lleva algo de ellos dentro.

Con amor y admiración por mis abuelos, Joe.



MARÍA DOLORES CUELLAR FARIAS Y JOSÉ LUIS VAN RIJN

Honra viva a mis abuelos

Claudia Ramos Carrión

Desde pequeña recuerdo a mi abuelo Luis como un hombre profundamente amoroso. Su sonrisa era hogar y en sus ojos habitaba un brillo especial, ese que solo tienen quienes aman la vida y saben compartirla. Era generoso en su dar, abundante por naturaleza, y gozaba sinceramente al ver disfrutar a los que amaba con todo aquello que él ofrecía.

Fue un hombre de familia, poeta del alma, inteligente y culto, espiritual sin alarde, enamorado de la naturaleza, de Dios, de la música. Amaba tocar la guitarra y cantar, y con su sola presencia creaba a su alrededor un campo de amor palpable, como si el aire se volviera más suave cuando él estaba. Nos regaló algo invaluable: un rancho que no era solo tierra, sino un territorio sagrado donde los niños podíamos jugar libres, convivir, reír, compartirnos, amarnos.

Mi infancia, vivida entre esos ranchos y la familia extensa —primos, tíos, amigos— fue un tiempo abundante en gozo, pertenencia y plenitud. Ahí aprendí, sin saberlo, lo que significa sentirse en casa. De mi abuela guardo una imagen que vive intacta en mi corazón: siempre con su delantal, cocinando para todos, rodeada de aromas, sabores

y tiempos lentos. En su cocina hacía alquimia, transformaba ingredientes en amor, y el amor en alimento para el alma. Esa era su manera de entregarse por completo, de decirnos “te amo” sin palabras.

Los recuerdo a ambos tomados de la mano, disfrutando la compañía de sus hijos, nietos y amigos, celebrando juntos la abundancia que sabían compartir. Eran presencia, eran raíz, eran sostén. Viven en mí. Y desde ese amor que sembraron, hoy los honro.

Siempre en mi corazón.

Claudia Ramos Carrión (su nieta, hija de Malenita).



CLAUDIA RAMOS CARRIÓN Y LUIS JUSTO CARRIÓN TEJEDA

Mis abuelos

Bernadette Carrión van Rijn

Mis abuelos. 30 enero 2026.

Cuando uno escribe sobre un ser querido, es muy difícil reducir las palabras, me parece que uno podría hacer una saga de varios libros. ¡Ahora imagina tener que escribir sobre dos personas amadas en cuartilla y media! Haré el intento, aunque no creo lograrlo.

De mi abuelo (Papi), lo que más atesoro es su sonrisa con esa calidez y amor profundo de cuando nos veía a los ojos con esa mirada brillante y penetrante. Realmente no era necesario que nos dijera que nos amaba, y aunque suene a cliché, ¡su mirada lo decía absolutamente todo!

Era una persona que todos amaban y tenía una atracción como la luz atrae a las polillas. Recuerdo que tanto familiares como amistades querían estar a su lado y platicar con él. Incluso me tocó ver numerosas veces, que discutían por quién se sentaba en la silla a su lado, ¡qué risa me causaba! Yo era pequeña y no recuerdo de qué platicaban, pero todos parecían siempre muy interesados en su plática y, lo más importante, él en la de ellos.

El abuelo no sólo era una persona consentidora, amorosa, sumamente inteligente y exitosa, sino, que también era una persona que daba, que compartía y sobre todo que ¡HACÍA! Me queda claro que su éxito radicaba en hacer, en vez de quejarse. Generalmente encontraba la manera de cómo mejorar las cosas, y no sólo eso, contagiaba a la gente a su alrededor de esas ganas por lograr cambios y eso generaba una sinergia en el entorno para concretar proyectos. Era una persona adelantada a su época, en los 80s promovía acciones en la sociedad que apenas, como sociedad actual, comenzamos a hacer. Ya que la lista es larga, quedará para otro libro de la saga.

Su visión no tenía límites. Cuando los nietos comenzamos a crecer, necesitábamos más espacio que sólo los pasillos de la casa, en los que aterrorizábamos a los invitados y a la familia en general, pasando a toda velocidad con bicis, patines, patinetas y demás. Así que ideó un área en donde todos pudiéramos estar juntos, pero para mí, a esa edad, lo más espectacular fue Rosaura, ¡un dinosaurio rosa gigante! (o por lo menos me parecía en aquella época) con su sombrero amarillo y una flor en la boca. De esta salía agua que caía a un estanque con truchas, que luego intentábamos pescar a mano... nunca lo logramos... su cola era un tobogán de agua, uno de sus costados era para

escalar y el otro para rodar sobre pasto. Y alrededor de Rosaura y del estanque, había una ciclopista para ir a toda velocidad. Parecía que estábamos en un sueño, la gente no lo creía hasta que lo veía.

No sólo estaba Rosaura y el área de entretenimiento familiar, el rancho producía lo que su compañía de viverismo y paisajismo y las florerías de sus hijas necesitaban, daba trabajo y vivienda a muchas familias y generaba alimento en abundancia. Recuerdo a mi abuela mandando cajas y cajas de aguacates, mangos, manzanas, nísperos, y demás a toda la familia y amigos. Compartían de esta abundancia con todos. Recuerdo que hasta a mis vecinos les tocaba porque era tanto que no podíamos acabárnoslo. También tenía la mejor agua que he probado en mi vida, salida de pozo con una temperatura ideal, te refrescaba al instante después tomarla directo con las manos por donde crecían los berros.

En su visión de estar juntos como familia mientras trabajaba, creó ranchos que nos dieron experiencias que a la fecha añoro, montábamos caballos, nos subíamos a los borregos creando una pequeña estampida para ver quién se caía primero, ordeñamos vacas, subíamos a 15 metros de altura en los árboles, íbamos con él a los invernaderos por las noches a cazar bichos que comían las orquídeas,

nos daba de comer pétalos de flores, subíamos a las montañas en Coatepec, comíamos las frutas de café y generalmente bajábamos empapados por la lluvia, íbamos al río Tapachapan y nos metíamos al agua, en la que al instante nos quedábamos azules de lo frío que estaba pero, aunque temblábamos, nos encantaba chapotear y caminar por las rocas durante horas, acariciábamos conejos, perseguíamos gallinas, le teníamos miedo a su fiel mapache Panchito porque nos pelaba los dientes, pero amábamos a La Chacha, su venadita que lo seguía como perro faldero, al igual que sus dos compañeras de caminata, La Pantera y La Tongolele, dos perritas muy simpáticas que lo adoraban.

También recuerdo que el rancho fue el sitio del primer trabajo que tuvimos mis hermanos y yo. Recuerdo que yo debía desherbar áreas bastante extensas de follaje y flores y ayudar a acodar árboles. En alguna ocasión llegaron todos los primos y yo quería ir a jugar con ellos, pero el abuelo me aconsejó no dejar mi trabajo y terminarlo. Lo más satisfactorio fue formarme con los demás trabajadores del rancho para recibir mi sueldo. Él estaba muy orgulloso de nosotros.

En fin, la lista de experiencias es interminable, pero este entorno en el que crecimos nos enseñó a apreciar la naturaleza, convivir con ella y debo

admitir, que también nos enseñó a sobrevivir de las varias bobadas que se nos ocurrían hacer. Sólo de acordarme me suda la frente y me saca una carcajada, ¡pero éramos libres y felices!

Cuando pienso en el abuelo, recuerdo a una persona sumamente sencilla, siempre con sus pantalones bombachos, su guayabera (perfectamente, planchada y almidonada por mi abuela), su sombrero y sus botines brillantes que él mismo barnizaba con una esponjita. Aún recuerdo esa imagen de él y el olor del barniz, me saca una sonrisa. Lo único que me entristece, es no haberlo podido disfrutar como adulta, pues partió cuando yo era muy joven. Estoy segura de que también me hubiese peleado por esa silla a su lado para platicar con él.

Mi abuela (Mami).

De mi abuela, creo que mientras más pasa el tiempo, ¡más la admiro y más la amo! No es que no la amara de pequeña, pero, como muchos decimos, hasta no ser adulto y tener hijos, uno no comprende lo que los padres hacen por sus hijos y su entorno. Mi abuela fue mi madre, me crió y le tocó el papel de ser exigente por mi propio bien. A regañadientes tenía que hacer lo que ella consideraba que yo tenía que saber hacer para

“poderme casar, tener un buen marido y una linda familia”; así que se dio a la tarea de enseñarme a hacer todas las cosas que una mujer hacía en su época y admito que me tenía muuuuucha paciencia.

Ella me decía que yo era como su muñeca con la que podía jugar y experimentar, ya que con sus hijas no había podido tomarse todo el tiempo del mundo para peinarlas, llevarlas a la peluquería, ir de compras, y más, pues eran 10 chilpayates y le resultaba muy difícil dividir su tiempo entre todos y todo lo que tenía que hacer. Así es que pasé innumerables horas con ella aprendiendo a bordar, coser, cocinar, yendo a sus clases de costura, desgranar maíz con corcholatas clavadas en tablas para llevarlas al nixtamal y después hacer tortillas a mano en comal al carbón, ver telenovelas y tener la paciencia de esperar al siguiente viernes para ver el próximo episodio, ver películas de Tintan, Cantinflas y Mauricio Garcés mientras se atacaba de la risa y me contagiaba hasta llorar de la risa, etcétera.

En aquel entonces yo era medio rebelde pues moría de ganas por estar con mis hermanos y estar con el abuelo recorriendo el rancho o yendo a las obras a trabajar. Hoy, estoy inmensamente agradecida que me haya retenido a hacer todas esas actividades. Cada una de ellas me ha resultado de gran utilidad tanto en mi trabajo como con mi familia.

No cambiaría ni un ápice de los momentos que pasé con ella, bueno... cambiaría mi actitud de rebelde por ¡una gran sonrisa y más ganas de aprender! De los momentos que más atesoro de mi abuela, es de una vez que me estaba peinando y me hacía unas trenzas hermosas y me dijo: "Algún día, tú me vas a peinar a mí", y cierto, el momento llegó y mientras la peinaba nos acordábamos de lo que había dicho, nos reíamos mucho y fue un momento excepcionalmente mágico. Ahora yo la cuidaba a ella...

Recuerdo que varios la veían solo como una ama de casa. Su madre no le permitió estudiar aun cuando era muy buena y tenía muchísimas ganas de aprender, pero al ser la primogénita debía encargarse de los enseres de la casa. Por muchos años no nos explicábamos el que mi abuelo le decía que fuera a estudiar y ella se negaba. Supongo que fue hasta que sintió que había terminado su trabajo de estar ahí para la familia como madre y abuela, que decidió estudiar lo que siempre quiso.

La admiro por comenzar a estudiar a edad avanzada sin pensar en el qué dirán y encima resultó ser una increíble pintora y escultora. Así que una de sus grandes enseñanzas en mí, fue que la familia es lo más importante.

Conservo una escultura de ella de varias personas abrazándose entre ellos en un círculo. Una de mis piezas más preciadas.

Cuando pienso en ella, veo una mujer muy comprometida, fuerte, responsable y que todo lo hacía con excelencia.

Creo que nunca escuché que dijera “pues ahí más o menos quedó”, o “lo hacemos mañana o después”. Lo que comenzaba, lo terminaba perfectamente bien hecho, ya fuera lavar los trastes, como hacer un vestido elegante de varillas.

Afortunadamente, con ella sí tuve la fortuna de convivir mucho tiempo y disfrutarla.

Tuve la fortuna de agradecerle numerosas veces todo lo que me había enseñado y creo que se le inflaba el corazón cada que le decía.

Pude llegar a conocer un lado de ella que no veía de pequeña, y era el de una mujer sumamente sensible, amorosa y de un gran sentido del humor.

No por nada mi abuelo se casó con ella. Bien dice el dicho: “Detrás de un gran hombre, siempre hay una gran mujer”. La extraño mucho...

Gracias a mis abuelos tuve una infancia ESPECTACULAR. Intento ser un buen reflejo de sus enseñanzas con mis hijas, ser una buena mujer con mi pareja y ser una persona que aporte a la sociedad. ¡Gracias por su legado!



BERNADETTE CARRIÓN VAN RIJN Y MARÍA DOLORES CUELLAR FARIAS

Mi infancia con mis abuelos Papi y Mami y su legado

Miriam Giselle Ramos Carrión

Las memorias de mi infancia a lado de mis abuelos Papi y Mami son muchas... Comienzo con mi abuelo: lo recuerdo bien con su guayabera blanca, botas pulidas y lentes sentado en la mesa con todos sus hijos y nietos, siempre presente, sonriente y amoroso. No había un momento en el que no me cargara o saludara con inmenso amor.

Mi abuelo era muy trabajador y amaba la vida y la naturaleza. Las caminatas a lado de mi abuela y el resto de la familia en el rancho eran hermosas... siempre mostrándonos las nuevas orquídeas y las flores que el creó por años... mostrándonos los animales y la importancia de preservar y cuidar a la naturaleza es lo que más se me quedó. Mi abuelo era un hombre sencillo, arraigado y de comunidad. Invitaba a sus trabajadores a sentarse a la mesa con el resto de la familia y siempre lo vi tratar con mucho respeto a toda la gente con la que trabajaba, conocidos y amigos.

Mi abuelo era generoso y abundante. Cuando tenía doce años y mis papás nos llevaron a un viaje por un año en los Estados Unidos, tuve la fortuna de

recibir cartas escritas a mano por él, donde me invitaba a amar la vida, a absorber todo lo que veía y aprendía... aún tengo nuestra correspondencia y es un tesoro para mí. Mi abuelo era un poeta también, miraba la vida con curiosidad y asombro. Su amor era democrático y mediaba en momentos difíciles, logrando la paz entre los tíos y tías en acuerdo mutuo.

A veces me daba risa encontrarlo dormido en su sillón con un matamoscas y sus perros a sus pies, o haciendo buches con el café. Y cuando me tocaba sentarme junto a él en el desayuno, siempre me cerraba el ojo y me preparaba una tostada con nata de leche y azúcar.

Mi abuelo inculcó valores profundos en mí de honestidad, hermandad, amor por la humanidad y la creación de Dios en su enteridad. Murió cuando yo tenía trece años.

Con mi abuela Mami tuve la fortuna de convivir con ella más tiempo en diferentes etapas de mi vida, siempre presente en mis festivales del colegio, en navidades y cumpleaños, en el nacimiento de mi primer hijo, en viajes cortos a la playa con mi madre y hermana. Nuestro vínculo fuerte comenzó a mis trece años cuando pase tiempo con ella en Canadá, cuando fue a quedarse

con mis papás, mi hermana y yo en una comunidad. Ahí pude ver la parte más humana de mi abuela del día con día... y aprendí mucho de ella.

Mi abuela era creativa, expresiva, inteligente y muy bella. Le gustaba viajar y socializar. También amaba la vida y admiraba a mi abuelo. Vestía siempre elegante y moderna, hacía ropa, bordaba, tejía, hacía esculturas y pintaba. Tenía un sentido del humor increíble y me encantaba escucharla reír a carcajadas. Mi abuela era una cocinera increíble, siempre poniendo horas de su día en preparar comida para todos sus hijos e invitados con ayuda de sus muchachas, hijas y nietas. Mi abuela era muy trabajadora, curiosa, intuitiva y cariñosa. A veces también perdía la paciencia y sabía poner límites y discutir cuando ella sentía que hacía falta. Tenía carácter fuerte y no se quedaba callada. Conmigo siempre fue muy dulce y amorosa.

En el 2008, mi abuela vino hasta Nueva Zelanda con mis tías y madre en un crucero y pude mostrarle donde vivía y pasar tiempo con ella. Mi hijo Oliverio la quiso mucho y mi hija Micaela pudo conocerla cuando tenía apenas dos años en México. Ambos la recuerdan con mucho cariño. Mi abuela fue un gran apoyo con mi madre cuando mi hermana y yo nos fuimos a vivir al extranjero desde muy jóvenes. Mi madre y mi abuela tenían el mismo cumpleaños y celebraban casi siempre

juntas. También se fueron de esta vida el mismo año, con cuatro meses de diferencia... mi abuela en mayo y mi madre en septiembre del 2021, dejando un hueco muy grande en mí, pero también una fortaleza interior y la capacidad de forjar mi propio camino.

Ambos abuelos me dieron mucho. Hoy en día los pienso seguido y les agradezco todos los días su legado, tanto material como espiritual. Llevo en mí sus sonrisas, su amor, su fuerza interior, su inteligencia y valores humanos.

Miriam Giselle Ramos Carrión,
Nueva Zelanda,
Febrero 2, 2026.



MIRIAM GISELLE RAMOS CARRIÓN, OLIVERIO BURTON RAMOS, MARÍA EUGENIA CARRIÓN CUELLAR, Y
MARÍA DOLORES CUELLAR FARIAS

Memorias de la infancia con mi abuelo

Andrea González Carrión

Si cierro los ojos y dejo que los recuerdos fluyan, vuelvo a ser niña en la casa de Dr. Vértiz, rodeada de risas, aromas y la calidez inconfundible de los viernes familiares. Papi, como cariñosamente nos referíamos a él, era el centro de nuestro pequeño universo: un hombre cariñoso, trabajador y siempre dispuesto a compartir lo mejor de sí. Las tardes comenzaban con la mesa larga, los tíos y primos llegando de todos lados, el bullicio previo a la comida que veníamos saboreándonos desde el tráfico en Viaducto; Mami, como cariñosamente nos referíamos a mi abuelita, cocinando los langostinos que Papi había traído de Coatepec, que si al ajillo, que si a la diablo, que si verdes con el inconfundible aroma a acuyo y, mientras, Papi sentado en la cabecera, platicando con mi papá, compartiendo tostadas y sonriendo mientras todos nos acomodábamos. Su mirada atenta y alegre nos daba seguridad, y la casa se sentía llena de abundancia y gratitud.

Después de la comida y correr y jugar por los pasillos y la escalera de la casa de Dr. Vértiz, la emoción se trasladaba a la van familiar, ese vehículo que parecía mágico porque cabíamos todos los

nietos, risas y hasta globos en forma de pulpo comprados en algún semáforo de Zaragoza. Los trayectos eran una aventura por sí mismos; el abuelo contaba alguna anécdota o simplemente nos veía jugar a las adivinanzas, disfrutando el bullicio infantil. El destino: el rancho en Atlixco o la casa de Coatepec, esos paraísos donde la libertad era absoluta, la autoridad de los padres desaparecía y la imaginación no tenía límites.

En esos lugares, cada día era un espectáculo. Organizábamos obras de teatro improvisadas y shows para el abuelo y sus invitados, usando lo que encontrábamos; él aplaudía con entusiasmo genuino y nos hacía sentir artistas de verdad. Caminatas y chapuzones en el río de la Marina, comilonas en Los Bonilla y cuando caía la noche, salíamos en expedición entre las orquídeas, linterna en mano, a cazar babosos, una pequeña aventura que se transformaba en leyenda familiar.

La cosecha de jitomates (con bolsita de sal en mano, pues había que degustar uno que otro para confirmar que estuvieran en su punto), nísperos, aguacates, plantas, árboles y flores; las caminatas después de comer eran rituales donde el abuelo nos enseñaba a valorar la naturaleza y el esfuerzo del trabajo.

La hospitalidad del abuelo era proverbial. Muchos llegaban a la casa buscando un consejo, una comida o simplemente refugio en su generosidad. Él nos mostraba, con el ejemplo, la importancia de la amabilidad y la gratitud. Nos enseñó a compartir lo que teníamos, a saludar con alegría y a tratar a todos con respeto.

Hoy, al recordar esos días, siento que el mayor legado de mi abuelo no son las anécdotas ni los viajes, sino los valores que supo sembrar con amor: la importancia de la familia, el gozo de las cosas sencillas y la magia de dar con alegría. Su carácter cariñoso, alegre y trabajador sigue iluminando nuestro camino, como aquellas tardes interminables en Dr. Vértiz, Atlixco y Coatepec, donde aprendimos a ser una familia unida y agradecida.



ANDREA GONZÁLEZ CARRIÓN, LUIS JUSTO CARRIÓN TEJEDA, MARÍA DOLORES CUELLAR FARIAS,
MARÍA EUGENIA CARRIÓN CUELLAR Y ROQUE GONZÁLEZ ESCAMILLA

Memorias de Mami: Un legado de amor y sabores

Andrea González Carrión

A mi abuela la llamábamos primero con el cariño sencillo de la infancia, "Mami", y, más adelante, en una evolución de ternura, "Bibis" por bisabuela. Su nombre se transformaba, pero el amor y la presencia cálida que evocaba en cada uno de nosotros siempre fue la misma. Ella era ese pilar que, discreta pero firme, sostenía a la familia. Recordarla es como abrir una ventana al corazón del hogar, ese lugar donde siempre olía a comida recién hecha.

Bibis era una mujer fuerte, de esas que no se quiebran ante la adversidad, pero sí se doblan para abrazar a sus nietos o para compartir una carcajada con mi mamá, su eterna compañera. Siempre la recuerdo al lado de mi mamá, dos compañeras inseparables, incluso escogiendo con los mismos gustos de ropa; compartiendo preocupaciones, sueños, proyectos, ilusiones, muchas risas. Juntas eran capaces de transformar cualquier día ordinario en una aventura, especialmente cuando viajábamos: no había trayecto aburrido a su lado; siempre había una anécdota, una nueva aventura o una pequeña travesura que hacían que el tiempo volara.

Si pienso en la cocina, pienso en Bibis. Era su reino, y nos enseñó que cocinar es una forma de amar. Cuando llegaba la temporada de chiles en nogada, era momento de “manos a la obra”, pero la tarea más importante era la de pelar las nueces, y esa era labor de los niños. Entre risas y quejas por lo difícil que era quitarle la piel a cada nuez, aprendimos a trabajar en equipo y a disfrutar del proceso, porque sabíamos que al final nos esperaba uno de esos platillos que sólo Bibis sabía preparar con tanta maestría.

Tanto mi mamá como Bibis, no contentas con lo conocido, tomaban clases que si de costura, que si de diseño floral, que si de cocina y siempre nos sorprendían con algo nuevo.

Pero Bibis no sólo nos alimentaba el cuerpo, también el alma. Era cariñosa con mis hijos, y se las ingeniaba para demostrar su amor con pequeños detalles hechos a mano: aún guardo las pantuflas que tejió a gancho para toda la familia, una tradición que nos hacía sentir únicos y queridos. No puedo olvidar los tortilleros en forma de sandía que hizo, coloridos y prácticos, que se volvieron infaltables en nuestras comidas familiares y que ahora, cada vez que los veo, me arrancan una sonrisa y un recuerdo cálido.

Bibis es memoria viva en nuestros corazones. Su legado está en cada comida compartida, en cada viaje, en cada carcajada, en cada detalle tejido con sus manos. Recordarla es reconocernos parte de una historia donde el amor se transmite en recetas, risas y abrazos.

Así era Bibis, nuestra abuela, nuestra Mami, el alma de la familia.



ANDREA GONZÁLEZ CARRIÓN Y MARÍA DOLORES CUELLAR FARIAS

Hablar de ellos es hablar de origen

Luis Enrique, Diego, Pedro y Juan Pablo Carrión Álvarez

Hablar de ellos es hablar de origen. Fueron parte de una generación que construyó con trabajo, convicción y carácter. Una generación que entendía la responsabilidad como compromiso diario y el servicio como una forma de vida.

A nuestro abuelo no tuvimos la oportunidad de conocerlo conscientemente, pero crecimos escuchando historias que lo describen como un hombre de carácter firme, de convicciones claras, de visión y liderazgo. Un hombre que dejó huella en su comunidad y en la vida pública. Sensible, poeta, amante de la naturaleza y de gran corazón. Su nombre hoy no solo se recuerda, se honra. Y eso habla del impacto real que tuvo en su tiempo. Pero su legado va más allá de cualquier nombramiento: vive en la memoria colectiva y en la formación de quienes llevamos su sangre.

Nuestra abuela fue una mujer marcada por su época, forjada por circunstancias históricas que exigían fortaleza y resiliencia. Su vida fue testimonio de determinación, de entrega y de la capacidad de sostener y acompañar a su familia a lo largo de los años.

Juntos representan el punto de partida de una historia que continúa. Porque el legado no se mide únicamente por los logros visibles, sino por la vida que se transmite, por los valores que se siembran y por la fuerza interior que atraviesa generaciones. De ellos nace una descendencia que hoy reconoce con orgullo sus raíces. Somos parte de una familia que entiende que cada generación recibe una historia y la transforma en conciencia, propósito y evolución. A veces olvidamos que la vida que llevamos es un regalo que viene de lejos. Somos el resultado de historias, de luchas, de sueños y de sacrificios que comenzaron mucho antes de que nosotros existiéramos.

Hoy queremos agradecerles, sobre todo, por la vida. Por el legado. Por las fortalezas que nos heredaron y también por las enseñanzas que debemos transformar para seguir evolucionando como individuos y como familia.

Como nietos, recibimos esa herencia con orgullo. La recibimos con responsabilidad. Con el compromiso de honrar nuestro apellido viviendo con integridad, con propósito y con respeto por el camino que ellos abrieron.

Su memoria no es solo recuerdo: es fundamento. Es identidad. Es continuidad.

Que este homenaje sea también un reconocimiento a la importancia del origen. Porque toda obra, toda familia y toda trayectoria comienza con quienes dieron el primer paso. Y ese primer paso fue el suyo.

Luis Enrique, Diego, Pedro y Juan Pablo Carrión Álvarez.



LUIS ENRIQUE, DIEGO, PEDRO Y JUAN PABLO CARRIÓN ÁLVAREZ Y MARÍA DOLORES CUELLAR FARIAS

Memorias

David Carrión Rosales

Cuando me propusieron escribir unas líneas sobre mis abuelos desde la perspectiva de la familia —de quienes fueron sus hijos y también de quienes somos sus nietos— me pareció una idea extraordinaria. Siempre he pensado que una persona no vive una sola vida, sino muchas: tantas como miradas la recuerdan. Cada cabeza es un mundo, cada par de ojos construye una historia distinta. Y contar la vida de alguien es, en realidad, reunir fragmentos de muchas memorias.

Con el tiempo uno entiende mejor eso. Ahora que tengo dos hijos, me doy cuenta de que incluso dentro de una misma familia cada quien mira y ama de una manera distinta. Yo veo a mis hijos de una forma única, pero seguramente ellos también me miran a mí de maneras que nunca terminaré de comprender. Lo mismo sucede con el amor hacia la pareja; el amor que siento por mi esposa Mariana es mío, pero estoy seguro de que ella me ama desde un lugar diferente. Así es la vida: una red de afectos que se experimentan de maneras irrepetibles.

En el caso de mis abuelos paternos, Luis Justo Carrión Tejeda y María Dolores Cuellar Farías —Lolita,

debo confesar que mi historia con ellos está hecha más de imaginación que de recuerdos. Nunca tuve la fortuna de convivir con ellos tanto como hubiera querido. La muerte de mi abuelo llegó cuando yo era demasiado pequeño como para guardar una memoria clara de él. Y la relación con mi abuela fue breve: apenas algunos años antes de que ella partiera.

Por eso, gran parte de lo que sé de ellos vive en las historias que me han contado. Yo las escucho y después las recreo en mi cabeza, como si estuviera armando escenas de una vida que ocurrió antes de que yo pudiera entenderla. Tal vez por eso me sorprende que me hayan pedido escribir estas palabras. Probablemente soy uno de los nietos que menos convivió con ellos. Y, sin embargo, de alguna manera siento que siempre han estado presentes.

De mi abuelo no puedo hablar desde la memoria directa, porque mis ojos no lo recuerdan. Pero sí puedo hablar de lo que alcancé a ver y sentir en mi abuela durante los últimos años de su vida. En ese tiempo conocí a una mujer extraordinaria: paciente, culta, llena de vida. Una mujer que cocinaba con un cariño que parecía envolver toda la casa. Tuve la fortuna de visitarla muchas veces en su casa de la Ciudad de México. A veces iba solo, de paso por la ciudad, y me quedaba a dormir ahí.

Eran momentos sencillos, pero profundamente valiosos: una comida preparada por ella, un desayuno compartido, una conversación tranquila. Pequeños instantes en los que yo trataba de conocer un poco más sobre su vida, sobre lo que le gustaba, sobre lo que había sido.

Sé que amaba pintar y que fue una artista muy prolífica, especialmente en el trabajo con cerámica. También recuerdo que, aunque en sus últimos años vivía en la ciudad, su espíritu siempre volvía al campo. Regresábamos muchas veces al rancho de Coatepec, donde parecía encontrar un refugio natural entre las plantas. Las flores eran sus amigas silenciosas. Siempre me daba la impresión de que florecían un poco más cuando estaban cerca de ella. Su casa era, en muchos sentidos, un reflejo de ese amor por la naturaleza y por las cosas vivas.

Uno de los recuerdos que guardo con más cariño ocurrió cuando decidí mudarme definitivamente a Xalapa, la ciudad donde hoy hice mi vida. Mi abuela fue una de las primeras personas en apoyarme en ese paso. Me regaló algunos muebles que tenía en el rancho para que pudiera amueblar mi primer departamento, que era pequeño y sencillo. Gracias a ese gesto pude empezar a construir mi propio hogar. Y hay un recuerdo que siempre me hace sonreír: la capirotada que me preparaba. Decía que era un

postre muy común en Michoacán. Era dulce, extraño, lleno de azúcar y de sabores intensos. Pero lo que lo hacía verdaderamente especial es que decía que lo hacía solamente para mí.

Cuando pienso en mis abuelos, recuerdo algo que una vez me dijo mi primo Pedro, que es más o menos de mi edad. Como yo, él también conoce a nuestros abuelos más por historias que por recuerdos propios. Un día me dijo que a veces, cuando estaba haciendo algún trabajo importante, sentía que nuestra herencia familiar nos empujaba hacia adelante, como si de alguna manera nos sostuviera.

Esa idea me acompaña muchas veces.

Me gusta pensar que, dondequiera que estén mis abuelos, de alguna forma siguen observando a su familia. Y por eso siento que mi tarea es corresponderles. No tanto por lo que nos dejaron en cosas materiales o por los pocos momentos que pude compartir con ellos, sino por algo mucho más profundo.

Porque gracias a ellos estoy aquí.

A quien sea que lea estas páginas, quiero decirle que cada una de las líneas escritas en este libro también alimenta mis propias memorias. Cada recuerdo contado por otros me permite seguir imaginando, reconstruyendo y acercándome un poco más a la

vida de quienes estuvieron antes que nosotros. El amor por las personas que formaron parte de nuestra historia —directa o indirectamente— merece siempre un momento de pausa, un espacio para recordarlas. Y quizá no haya mejor manera de hacerlo que a través de un libro como este, tejido con tantas miradas, tantas voces y tantos recuerdos.



DAVID CARRIÓN ROSALES Y MARÍA DOLORES CUELLAR FARIAS

Mis abuelos Luis Justo y Dolores

Miguel Ángel Carrión Hernández

Mi abuela.

Lo que me dejó mi abuela va mucho más allá de los recuerdos; es una forma de sentir la vida que aún hoy me acompaña. Mis primeras memorias de la infancia están con ella: yo corriendo por el patio de su casa, ese patio que estaba pegado a la cocina y que siempre se sentía vivo. Ella me cuidaba cuando era niño, y la recuerdo siempre sonriente, con una sonrisa muy tranquila y calmada, como si hubiera vivido de todo y ya nada le sorprendiera, como si aceptara la vida tal cual y estuviera agradecida por ello. Esa paz que transmitía no se explicaba, simplemente se sentía.

Al ser una familia grande, las comidas eran enormes. Para mí eso era impresionante. La mesa siempre llena, el ruido, la gente, la sensación de abundancia y de unión. En esos momentos yo buscaba dar mi mejor impresión; era como querer honrar mis raíces y agradecer que gracias a ella todo eso existiera. Había un sentido profundo de pertenencia, como si ese espacio fuera un recordatorio constante de quiénes éramos y de dónde veníamos.

Uno de los momentos más bellos fue cuando mi hermana y yo llevamos a nuestras hijas. Mi sobrina tendría alrededor de año y medio y mi hija apenas unos meses. Al estar con la abuela se sentía ese lazo familiar tan fuerte, tan natural, y lo más impresionante era que las niñas lo sentían desde pequeñas, como si reconocieran algo que iba más allá del tiempo, algo que se hereda sin palabras.

Cada vez que hablaba con mi abuela, incluso en sus últimos años, era muy jovial conmigo. Siempre encontraba espacio para una broma, para una risa. Me admiraba profundamente su tenacidad, la forma en que enfrentaba la vida, la manera tan firme y serena de seguir adelante. De ella aprendí algo que sigo trabajando todos los días: ver lo positivo, darle la mejor cara a la vida, ser humilde, no olvidar nunca de dónde vienes, tratar a la gente con respeto y nunca perder tu esencia. Creo que eso es lo que más me llevo de ella: que era auténtica. Siempre lo fue. Siempre me brindó ese hermoso ser que era, sin pretender nada más.

Hoy la llevo en el corazón y le estaré eternamente agradecido por todo lo que me dio: su tiempo, sus enseñanzas y su ejemplo. Cada día de mi vida le agradezco que haya sido parte de mi historia.

Mi abuelo

Aunque mi abuelo murió antes de que yo naciera, su presencia siempre ha estado conmigo a través de las historias que me contaban mi madre y mis hermanos. Escuchar sobre su vida siempre me maravilló: todo ese esfuerzo, esa tenacidad y constancia que lo llevaron desde abajo a convertirse en un empresario y filántropo respetado. Pero más allá de sus logros, lo que más me marcó fue la forma en que me contaban trataba a la gente, el respeto y la calidad humana que lo definían así como su incesante búsqueda del conocimiento, de ahí y de mi padre es que aprendí el amor por la lectura, la cultura y el saber.

Esas historias sembraron algo muy profundo en mí. Me motivaron a querer emprender, a exigirme, a querer brindarle lo mejor de mí al mundo. De alguna forma, siento que existe una responsabilidad familiar de continuar ese legado, no necesariamente haciendo lo mismo, sino viviendo con los mismos valores, cada quien en su propio ámbito

Aunque no lo conocí en vida, su ejemplo ha sido una guía silenciosa. A través de lo que otros vivieron con él, entendí que el verdadero legado no está solo en lo que se construye materialmente,

sino en la huella que se deja en las personas. Eso es algo que llevo conmigo y que intento honrar todos los días.



MIGUEL ÁNGEL CARRIÓN HERNÁNDEZ Y MARÍA DOLORES CUELLAR FARIAS

Memorias

Kayla Marie Carrión Wall

Nadie como ella conocía mi incapacidad para poner las cosas por escrito o, en general, para expresarme abiertamente. Por eso, al sentarme a escribir este texto, hay un recuerdo sencillo que me habla de forma directa. Era alrededor de cuarto o quinto de primaria (no sabría decir exactamente a qué equivale en el sistema mexicano), pero debía tener unos doce o trece años. Como marcaba la tradición, todos los miércoles ella llegaba a mi casa: en una bolsa traía chocolates Hershey's de leche y en la otra conchas y donas. Tocaba el timbre alrededor de las siete de la noche, lista para pasar los días con sus dos nietos favoritos (sí, a todos nos gusta pensar que éramos los especiales).

Así funcionaba el ritual: cada semana, como mi papá viajaba de miércoles a sábado, mi abuela venía y se quedaba con nosotros esos días y noches. Durante esas visitas, yo casi siempre dormía con ella. A veces porque me daba miedo dormir sola; otras, simplemente porque teníamos nuestras tradiciones pequeñas e irrompibles.

Después de la escuela y de mis actividades extraescolares —que solían terminar bastante tarde—

cenábamos juntas, veíamos películas y nos quedábamos dormidas mientras me contaba las historias más divertidas de su infancia (algunas que nunca revelaré). A veces nos desvelábamos, y yo me quedaba completamente fascinada imaginándola de niña: corriendo por la casa, escondiendo pepino o jícama debajo de la almohada por la noche, cuidando a sus hermanos, ayudando a sus papás.

Muchos de esos días yo llegaba a casa agotada, después de días largos llenos de actividades y el clásico tráfico mexicano, que cansaba más de lo que debería. Pero otros días estaban llenos de emoción, porque ella era la primera persona a la que corría a contarle las noticias importantes o emocionantes que me habían pasado.

Recuerdo en especial un día en el que llegué muy orgullosa. En la escuela nos habían dejado como tarea escribir una carta significativa de agradecimiento a nuestros papás. Cumplí con la tarea (con bastante fatiga), pero decidí escribir también una carta para mi abuela. Este tipo de ejercicios siempre me había costado mucho, pero por alguna razón, escribirle a ella me salió de manera natural. Llegué a la casa, subí corriendo las escaleras; mi abuela estaba en el cuarto de la tele. Le entregué la carta. Todavía se me eriza la piel al recordar su expresión y mi sorpresa al ver cómo las lágrimas

empezaban a correr por su cara. No dijo mucho: me miró y me abrazó fuerte. Ese día significó mucho más para mí de lo que imaginé. Fue una de las dos únicas veces que la vi llorar.

Hoy sé que fue un momento en el que logré, aunque fuera por unos instantes y con pocas palabras, expresar mi gratitud. Y ahora, mientras escribo esto —aunque sigo teniendo dificultades para poner mis pensamientos en palabras, igual que entonces—, me la imagino leyendo lo que escribo como lo hizo aquella vez. Esa imagen me emociona y me da el impulso para compartir nuestras historias.



MARÍA DOLORES CUELLAR FARIAS Y KAYLA MARIE CARRIÓN WALL

Recuerdos

Ernesto Anwar Carrión Chávez

Cuando me pidieron que escribiera sobre mi abuela, lo primero que pensé fue que no era la persona que más tiempo había pasado con ella. No crecimos bajo el mismo techo ni compartimos el día a día, y durante mucho tiempo pensé que eso significaba que mi historia con ella era más pequeña o menos importante. Con el paso de los años he entendido que no necesariamente es así. A veces los vínculos no se construyen desde la rutina, sino desde los momentos que se quedan guardados de forma muy clara en la memoria.

Yo entro en el grupo de los nietos y sobrinos más pequeños, y además vivíamos lejos. Esa distancia hizo que no compartiéramos tantos gustos ni tantas conversaciones como quizá otros nietos y sobrinos. No hablábamos constantemente ni teníamos hobbies en común, pero eso no impidió que ella estuviera presente de otras formas, más silenciosas, más sencillas, pero igual de significativas.

Su presencia estaba ligada a fechas especiales, a reuniones familiares y a esos momentos que, aunque no eran frecuentes, se sentían importantes. Algunos de mis recuerdos más bonitos con ella están relacionados con los viajes familiares, especialmente

en épocas como Navidad y Año Nuevo. Salir de la Ciudad de México en carretera, recorrer caminos largos y quedarnos en hoteles antes de llegar al destino era parte de la experiencia. No era solo el lugar al que íbamos, sino todo el trayecto: las comidas en el camino, el cansancio, la emoción de llegar y saber que esos días eran distintos a cualquier otro. Mi abuela siempre formaba parte de ese ambiente familiar que hacía que esos viajes se sintieran completos.

También recuerdo muchas cenas y reuniones dentro de la Ciudad de México. Cumpleaños, festejos del Día de las Madres y fechas importantes donde la familia se reunía alrededor de una mesa. En esos momentos, aunque yo era más chico y no entendía muchas cosas, sentía esa idea de familia que hoy valoro mucho más. Mi abuela estaba ahí, formando parte de esa unión, de esa constancia que se repetía año con año.

De mis primeros años, hay recuerdos que no vienen solo de la memoria, sino también de las fotografías. Fotos en las que ella me está cargando, sosteniéndome cuando yo era muy pequeño. Aunque no recuerdo exactamente ese momento, sé que existió, y eso dice mucho. Saber que estuve en sus brazos, que fui parte de su vida desde tan chico, le da un peso distinto a la relación que tuvimos.

Son imágenes que hablan por sí solas y que hoy cobran un significado mucho más profundo. Con el tiempo, uno va creciendo y empieza a ver estas experiencias desde otra perspectiva. Hoy, a mis veinticuatro años, entiendo que no todas las relaciones se viven de la misma forma ni con la misma intensidad, pero eso no las hace menos valiosas. Mi relación con mi abuela fue tranquila, sin grandes discursos ni gestos exagerados, pero llena de presencia, de constancia y de momentos que, aunque breves, se quedaron conmigo.

Esta ofrenda es una forma de agradecerle todo eso. Los viajes, las reuniones, las fotos, las celebraciones y, sobre todo, el lugar que ocupó dentro de nuestra familia. Tal vez no compartimos tantos gustos ni tantas palabras, pero compartimos algo igual de importante: el tiempo que sí coincidimos y los recuerdos que hoy puedo traer conmigo. Y eso, con los años, se vuelve más claro y valioso.



MARÍA DOLORES CUELLAR FARIAS, MIRIAM MABEL CHÁVEZ HERNÁNDEZ,
ERNESTO ANWAR CARRIÓN CHÁVEZ, ERNESTO ARTURO CARRIÓN CUELLAR



*PROF. LUIS JUSTO CARRIÓN TEJEDA Y SU ESPOSA MARÍA DOLORES CUELLAR FARIÁS
Y AMIGOS, EN INVERNADEROS DEL RANCHO "EL CÁRMEN", ATLIXCO, PUEBLA*



*PROF. LUIS JUSTO CARRIÓN TEJEDA EN LA FERIA DE LAS FLORES Y PLANTAS,
CHAPULTEPEC, CIUDAD DE MÉXICO*

Recuerdos

Luis Justo Carrión Guerra

Recuerdo mucho a mi abuela paterna. Su nombre era María Dolores Cuellar Farías, falleció ya grande, de 100 años, tenía diabetes. Recuerdo mucho su casa en la calle de Versailles. También recuerdo mucho un día en el que le canté la canción de Amor Eterno, y a ella de la emoción se le salieron las lágrimas. Antes de eso, nunca la había visto llorar. Esa canción se la cantó mi abuelo a ella, y creo que eso fue lo que la emocionó. Todavía recuerdo cuando cocinamos tamales juntos. Ella me veía como un hijo más. Ella me apodó su “werito”. Y los dos nos teníamos un amor increíble.

Ya no estás, pero sigues en todo: en el olor de la sopa caliente que ya no pruebo, en esa voz que aún me dice “ánimo, mijo” cuando no puedo dormir.

Gracias por la ternura que me envuelve desde otro lugar.

Nunca te vas del todo.



MARÍA DOLORES CUELLAR FARIÁS Y LUIS JUSTO CARRIÓN GUERRA

Recuerdos

Ana Paula Álvarez González

Yo a mi bisabuela Lolita la conocía como la Bibis. La Bibis era muy tranquila, cada vez que la visitábamos nos escuchaba a mí y a mi hermano platicar de todo, y ella siempre nos escuchaba con muchísima atención. Le platicábamos de cómo nos iba en la escuela, de los deportes que estábamos haciendo, y de todo lo nuevo que íbamos aprendiendo día tras día.

La Bibis siempre tenía un gran ánimo, ella siempre quería estar aprendiendo o haciendo o platicando. Me acuerdo de su gran espíritu y ganas de aprender porque ella y mi abuelita me invitaron a tomar una clase de arcilla y de cómo moldear. Cada que iba a esa clase yo solo admiraba a mi Bibis y a mi abuela. Ellas se ponían a trabajar y con sus manos creaban unos planos preciosos o esculturas divinas y yo solo les intentaba seguir el paso. Cada clase que teníamos la Bibis siempre estaba dispuesta a aprender algo nuevo y mejorar su obra, es algo que yo admiraba mucho de ella y que llevo conmigo hasta mis dieciocho años.

Bibis siempre tenía una gran sonrisa y ganas de convivir. En cada una de las grandes fiestas que le hacía mi abuela siempre estaba la Bibis platicando

con alguien; no importaba cuanto tiempo llevara de rumba o si estaba cansada, la Bibis siempre quería platicar. Ella siempre tenía un gran ánimo y una gran voluntad para disfrutar sus alrededores. Fuera que estuviéramos en Coatepec o en su casa, ella siempre hacía lo máximo para disfrutarse.

Me acuerdo de nuestras visitas a Coatepec con la Bibis. Ella disfrutaba tanto la casa que construyeron mis abuelos con muchísimo cariño. Todos desayunando como familia viendo el precioso jardín de mi abuela. Me acuerdo de volver a la casa después de haber estado todo el día jugando en el jardín y juntarnos todos como familia en la sala y ver una serie que ni yo ni mi hermano entendíamos, pero siempre estábamos felices y contentos de disfrutar nuestro tiempo allí juntos. Ese sentimiento de familia que la Bibis siempre nos daba.

Me acuerdo del sentimiento que tenía cada vez que visitaba su casa de chiquita. Toda la casa se sentía enorme mientras yo y mi hermano nos sentíamos tan chiquitos. Rodeados de los muebles y decoraciones de la Bibis aunque nos sentíamos chiquitos también nos sentimos rodeados de lo familiar y de cariño, ya que sabíamos que siempre teníamos lugar en la casa de la Bibis. Ese sentimiento de familia siempre se quedó hasta después de que la Bibis nos dejó.

La casa siempre está rodeada de un aire familiar y de un sentimiento de cariño que le pertenece a mi bisabuela y a toda la gente que ella llegó a tocar con su amor y su gran espíritu. De esta manera ella dejó un legado de gente que la adora y gente que todavía sigue compartiendo sus historias.

Yo estoy eternamente agradecida que pude conocer y convivir con mi Bibis y no me canso de aprender más de ella por las historias que me cuenta mi abuela y la gente que la solía rodear. Ella fue una presencia en la vida de todos los que la rodeaban que dejó un impacto duradero y del que yo pienso enseñarle a mis hijos y nietos por las generaciones que sigan.

Por más que aprendo más la admiro, porque ella fue una mujer muy fuerte y autosuficiente que ayudó a toda la gente a su alrededor a crecer como personas, siempre intentando ser mejor. Yo nunca voy a dejar de admirar a Bibis y las enseñanzas que me dejó ella y a través de las personas que la amaban, y estoy eternamente agradecida por haberle podido llamar mi bisabuela.



ANA PAULA ÁLVAREZ GONZÁLEZ Y MARÍA DOLORES CUELLAR FARIAS

Yo le llamaba Bibis

Alonso Álvarez González

A mi bisabuela María Dolores Cuellar yo le decía Bibis. No pude convivir con ella tantos años como hubiera querido ya que falleció cuando era chico, pero siempre ha estado ahí a través de las historias que cuentan mi abuela y mi mamá, todas del cariño con el que todos la recuerdan.

Para mí, Bibis no es solo un nombre familiar, sino una persona que sigue viva en nuestra memoria. Mi abuela constantemente me contaba a mí y a mi hermana que su mamá fue su todo, amiga y compañera. Y de joven la describe como una mujer alegre, fuerte y llena de energía, capaz de hacer especial cualquier momento.

También fue muy trabajadora. Acompañaba a mi abuela a comprar flores para luego venderlas en florerías y mercados y más que apoyo, era su compañera. Y desde chico, siempre en las comidas en su casa podía ver la actitud positiva y energía que traía a la mesa.

Nunca dejó de aprender. Recuerdo que ya de adulta se inscribió con mi abuela a clases de pintura y de cerámica. Las imagino juntas en clase, riendo y disfrutando de la vida.

Junto con mi abuela lograron abrir su florería y decidieron ser diseñadoras florales profesionales. Viajaron a Estados Unidos, Europa y virtualmente la mayoría de los continentes juntas. Algo que siempre noté es que tenía manos de artista: practicaba mucho la costura, la pintura en porcelana, la escultura y la pintura tradicional. Algunos de sus cuadros siguen en la familia y son un reflejo de ella misma. Le gustaba viajar mucho junto con su familia. También celebraba su cumpleaños rodeada de amigos, con la música que adoraba. Todos coinciden en que era muy querida y que su presencia llenaba cualquier lugar de alegría.



ALONSO ÁLVAREZ GONZÁLEZ Y MARÍA DOLORES CUELLAR FARÍAS

Yo tengo pocos recuerdos propios, pero sí muchas sensaciones: las fotos donde aparece de joven, el cariño con el que la nombran y la sonrisa de mi abuela al hablar de Lolita. Con todo eso he ido construyendo mi imagen de Bibis, la cual resultó ser la de una mujer fuerte, creativa y profundamente amorosa.

Escribo estas líneas para que su historia sea conocida por todos. Aunque no la conocí a fondo, siento que me acompaña en lo que soy y en lo que es mi familia. Está en la fe que nos heredó, en el amor por el arte y en la unión que todavía nos mantiene juntos. Para mí, Bibis demuestra que nadie se va del todo mientras haya alguien que la recuerde con amor.

Profesor Luis Justo Carrión

Roque González Escamilla

El profesor Carrión fue un ejemplo de la cultura del esfuerzo que hizo florecer el desarrollo del México postrevolucionario. El niño huérfano que huyó de la pobreza en busca de mejor vida para él y sus hermanos menores llevaba consigo la semilla del triunfador. Entendía y nos deja la enseñanza de que el estudio, el propósito, la visión, la persistencia, el esfuerzo y la capacidad de riesgo hacen posible la materialización de cualquier sueño. No sólo materializó, sino dio vida a grandes sueños, incluyendo proyectos de desarrollo regional que hoy benefician a muchos mexicanos.

Fue precursor visionario del movimiento ecologista que floreció en México después de los años sesenta. Posiblemente sea el mexicano que ha plantado más árboles en el país después del Ejército Mexicano. Plantó cientos de miles de árboles de los que todavía disfrutamos los habitantes de la Ciudad de México, Guadalajara, Chetumal, Cozumel, Cancún y Jalapa, así como en muchos de los conjuntos del Infonavit y del Seguro Social. Alargó su presencia en ellos en este mundo.

Combinaba magistralmente el estudio con la experimentación y la acción. Pasó de ser un niño migrante, pobre, huérfano y sin apoyos a ser, por su propio esfuerzo, el productor de plantas y árboles de ornato y constructor de parques y jardines más importante del país.

No obstante, fiel a sus raíces, nunca dejó de ser un defensor de los menos afortunados. Disfruté largas conversaciones con él sobre la preocupación que compartíamos por los problemas sociales del país. Sencillo, enemigo de ostentaciones y excesos, a la vez generoso y abundante, disfrutaba del dar y compartir. Sibarita, explorador de los valores culinarios populares, de los pueblos por los que transitaba. Trabajaba intensamente, pero comía con la calma de alguien que parecía entender el alimento como premio divino. Sabía vivir. Fue ejemplo vivo del éxito y la plenitud de vida logrados con esfuerzo, persistencia, visión y pasión por hacer y ser útil.

No solo le debo haber sido el padre extraordinario que fue de mi querida esposa; fue un gran amigo, un consejero, un maestro, un apoyo profesional valioso en muchos de mis proyectos. Me enseñó el valor de la vegetación como componente fundamental del desarrollo urbano. Aprendí que se debe iniciar cualquier proyecto de ciudad con la instalación de un vivero.



MARIA DOLORES CUELLAR FARIAS, LUIS JUSTO CARRIÓN TEJEDA Y ROQUE GONZÁLEZ ESCAMILLA

Pintó de verde varios de mis proyectos, como Playa Mujeres, Santa Fe, los Ejes Viales de la Ciudad de México, en los que yo intervine. Lo acompañé, junto con Luis, mi cuñado, en la reforestación de Cancún después del huracán Gilberto. Me guió en el programa de forestación que ejecutó Alicia González en Cuautitlán Izcalli. Agradezco a la vida haber podido estar cerca de un gigante que tanto amaba a la tierra y amaba a su país.

A la partida prematura del profesor, Lolita, su esposa, pasó a formar parte de nuestro núcleo familiar, lo que me permitió disfrutar y conocer mejor a quien fuera compañera y soporte de mi amigo, coautora de sus logros.

Pude valorar mejor a quien fue cómplice en mi noviazgo, de quien había siempre recibido muestras de afecto y tolerancia. Admirable por su fortaleza, su determinación y su capacidad para perdonar. Disfrutaba mucho las cosas simples de la vida, pero nunca incurría en excesos. Afrontaba los problemas con entereza y serenidad. Disfrutaba intensamente el trabajo, las manifestaciones artísticas, los paisajes, los viajes y la buena comida. ¡Ello explica por qué vivió cien años!



MARÍA EUGENIA CARRIÓN CUELLAR, MARÍA DOLORES CUELLAR FARIÁS Y ROQUE GONZÁLEZ ESCAMILLA

Transitan con frecuencia en mi memoria estas dos almas ejemplares, que a muchos enriquecieron nuestras vidas.

Profesor Luis Justo Carrión

Gloria Hernández

Un hombre admirable por su inteligencia y con una gran visión, que acompañada de propósito y disciplina le permitió obtener grandes logros en su vida. Además de su visión y su empeño para lograr sus metas, tenía un gran carisma que le permitía ser excelente para las relaciones personales. A través de esa visión integral para realizar grandes proyectos, en los ranchos construyó invernaderos para producir buena parte de los árboles y plantas que utilizaba en las obras de jardinería urbana.

Disfrutaba de recorrer todos los fines de semana los enormes invernaderos que había construido en el rancho, en los que cultivaba con mucho amor y dedicación diferentes especies de flores; el recorrido por los invernaderos lo hacía en compañía de su esposa, hijos y nietos y de los amigos que estuvieran de visita en el rancho, era una hermosa experiencia.

Una de las principales producciones eran las flores de nochebuena y era impresionante observar el proceso desde su siembra, hasta ver los invernaderos en plena floración teñidos de ese hermoso color rojo.

Sus invernaderos favoritos eran los de las orquídeas, era todo un espectáculo de gran belleza poder ver tantas orquídeas de diferentes formas y colores que daban flor todos los meses del año.

Amaba la naturaleza y contribuyó activamente en campañas para el cuidado y preservación de los bosques, de los ríos, así como de algunas especies de animales y plantas en peligro de extinción. Los temas que le interesaban para realizar alguno de sus proyectos, que podían ser de agricultura, de ingeniería, o cualquier otro que se requiriera, los investigaba y estudiaba de manera autodidacta; en aquellos tiempos en los que no se podía acceder tan fácilmente a la información, como en la actualidad se realiza a través de internet.

Era un excelente anfitrión y gustaba de tener invitados casi todos los fines de semana en el rancho El Carmen en Atlixco, fue muy querido y admirado por sus amistades.

Amaba a su familia, a sus hijos y sobre todo a sus nietos, a quienes se llevaba todos los fines de semana al rancho, en donde les había construido instalaciones especiales para niños, como la alberca con una linda dinosauria con una flor en la boca y que su lomo era un divertido tobogán, canchas deportivas, un área tipo zoológico donde había algunos animales, así como un pequeño bosquecito con venados

cola blanca ayudando a la preservación de esas especies y en especial una casita de dimensiones pequeñas, adaptada para la edad de sus pequeños nietos donde eran muy felices y aprendían a ser independientes de la casa de los adultos.

Disfrutaba mucho estar con sus seres queridos y lograba que una familia tan numerosa de diez hijos, con sus respectivas parejas e hijos, se reuniera todos los fines de semana para convivir con ellos. Mantener unida a la familia lo hacía muy feliz.

Recuerdos hermosos de tantos momentos que con su amor creó para sus seres más queridos: para su amada familia.



*JOSÉ LUIS CARRIÓN CUELLAR, GLORIA HERNÁNDEZ, LUIS JUSTO CARRIÓN TEJEDA Y
MARÍA DOLORES CUELLAR FARIAS*

Recuerdos de Benito Coquet y Luis Justo Carrión

Marcela Segura Coquet

Benito Coquet Lagunes nació en Xalapa, Veracruz, en 1913. Desde muy joven, aún sin cumplir los diecisiete años, participó en la campaña política del Licenciado José Vasconcelos, lo cual, aunado a su origen y estudios, marcó sus ideales al proyectar un alcance prospectivo, anticipando un México plenamente democrático, con nuevas instituciones capaces de dar forma a un proyecto nacional acogido por la sociedad mexicana del siglo veintiuno.

Fue un mexicano extraordinario rodeado de grandes personalidades, como nuestro muy querido “Profe Carrión”, cuya integración y aportaciones a la perspectiva integral de Benito Coquet logró enriquecer la creación y desarrollo de un sistema de seguridad social en México que resultó ser vanguardia en el mundo por su integridad en la atención generosa y humanista a las necesidades materiales y espirituales de los trabajadores y sus familias. Juntos, Don Benito Coquet y Don Luis Justo Carrión, lograron proyectar lo más ilustrado del pasado mexicano hacia un futuro promisorio para la clase trabajadora de la Nación.

Pocos saben que gracias a nuestro querido Profe Carrión fue más sencilla la aceptación de las clínicas del IMSS en la República Mexicana, sus hermosos jardines y el establecimiento de pequeños huertos de plantas medicinales integraron los usos y costumbres de la zona, logrando así la aceptación y confianza de la población para recibir atención con la medicina alópata que se otorgaba en las clínicas.

Benito Coquet Lagunes y Luis Justo Carrión Tejeda fueron dos extraordinarios mexicanos y seres humanos cuyas aportaciones a la política y la cultura nacionales deben ser valoradas y reconocidas. Fue esa misma perspectiva de carácter integral que los unió en una misma visión de historia y filosofía; política y economía; cultura y arte, la que resultó en una hermandad entre estos dos grandes hombres que se extendió a sus familias, y sin miedo a equivocarme, al mas allá.

Doña Julia Ramos de Coquet y Doña María Dolores Cuellar Farías no solo se relacionaron en el ámbito laboral de sus compañeros, por muchos años compartieron cumpleaños, fiestas, enfermedades, viajes y especialmente de mis añoranzas más gratas, el gusto por la cocina mexicana, algo en lo que Doña María Dolores era una experta. En mis recuerdos más bonitos de la infancia, estaban las navidades sentados en la sala de mi casa hacinados

en el piso frente a la mesa con las botanas, mientras escuchábamos y aprendíamos de las conversaciones entre Papi Benito y el Profe Carrión, las comidas y desayunos en aquella mesa interminablemente larga de casa de mi muy querido Profe Carrión y Doña Dolores que se llenaba de platillos deliciosos llenos de alegría, que además se convirtieron por temporadas en clases de cocina donde compartían e intercambiaban recetas.

No siempre es sencillo escribir sobre seres maravillosos como lo fueron Benito Coquet, Julia, mi Profe Carrión y Doña Dolores: parecería que sí, pero es tanto lo que contar, que nunca alcanzan el papel y el lápiz, y las palabras no logran describir lo extraordinario de estos seres que dejaron un hermoso legado cultural y político muy importante, pero sobre todo, ese patriotismo, cultura y rectitud, ese amor por sus familias y ese mensaje de rectitud y orgullo que tanto nos caracteriza como seres humanos. Gracias a todos ellos por sus hermosas enseñanzas, por su ejemplo y legado.

Marcela Segura Coquet.



BENITO COQUET LAGUNES

Profesor Luis Justo Carrión Tejeda

María Esperanza Jácome (Casa Bonilla)

Bellos recuerdos me llegan a la memoria cuando tuve la fortuna de conocerlo por los años de 1980, hace más de 45 años, cuando llegaba como nuestro cliente al restaurante Casa Bonilla. Sus venidas frecuentes a Coatepec se debían a su visión de empresario siendo dueño de Viveros Mexicanos, generando fuentes de empleo para muchos campesinos de la región, ya que poseía varias extensiones de terrenos en los que cultivaba orquídeas, nochebuenas y una gran cantidad de flores, plantas y árboles, pues se dedicaba a hacer jardines a dependencias del gobierno y por esos ayeres ganó unos concursos para las áreas verdes del Seguro Social, así como para sembrar jardines en las carreteras, de preferencia árboles en las guarniciones. Igualmente nos contaba que surtía a florerías en la Ciudad de México.

Grato fue para Vicente y para mí ser sus amigos. En varias ocasiones nos distinguió con su preferencia a nuestra cocina para eventos especiales como un banquete en la Ciudad de México o en sus viveros de Atlixco, Puebla.

Su gracia destacada por su gran generosidad lo llevó a apoyar escuelas como la Artículo 3º, aquí en Coatepec, para la cual sin costo alguno puso toda la jardinería.

Apoyó a la Feria del Café a lo largo de veinte años, ya que recibió el llamado de Dios Padre Todo Poderoso el 20 de octubre de 1990, pero su esposa, María Dolores Cuellar Farías, siguió prestando el Recinto Ferial (así es conocido por la población) hasta 2015.

Quienes tuvimos la fortuna de conocerlo, reconocemos que fue un hombre que dejó un legado de trabajo, disciplina y ejemplo a su familia, como padre y esposo ejemplar que supo dejar huella de su paso, donde sus trabajos y jardines han permanecido como testigos fieles de su dedicación, pasión y amor a todo lo que hacía.



MARÍA ESPERANZA JÁCOME

Recuerdos del Profesor Luis Justo Carrión Tejeda

Gustavo García Leal

Yo tendría alrededor de veinticuatro años, un año después de la muerte de mi padre y aproximadamente cinco años después de que él, Homero García Hevia, junto con el profesor Luis Justo Carrión y Ernesto Matsumoto, fundaran la Confederación de Floricultores y Viveristas de México. Había heredado el puesto que mi padre ocupaba en la Confederación, un cargo más simbólico que operativo, pero que para mí representaba una responsabilidad profunda y una forma de continuidad.

En esos mismos días me visitó en México Paul Daum, técnico norteamericano en floricultura y amigo cercano de mi padre desde muchos años atrás. Su visita tenía un carácter personal —venía a darme el pésame—, pero también profesional, pues Paul estaba estrechamente ligado al desarrollo técnico de la floricultura internacional. Consideré que su presencia podía ser útil y comenté su visita al profesor Carrión.

El profesor Luis Justo Carrión fue, desde el inicio, una figura central en este proceso. Hombre de formación sólida, profundo conocedor del campo

mexicano y auténtico defensor de los productores, tenía la rara virtud de combinar visión técnica con sensibilidad social. Siempre atento a cualquier oportunidad que pudiera fortalecer a los floricultores, propuso de inmediato que invitáramos a Paul Daum a conocer Villa Guerrero, en el Estado de México, una zona que comenzaba a destacar por el número creciente de productores, aunque todavía trabajaban con recursos y variedades muy limitadas.

Conviene hacer aquí un breve paréntesis histórico. Los primeros claveles cultivados en Villa Guerrero habían sido introducidos por una familia japonesa, pariente de Ernesto Matsumoto, que se estableció en la región con menos de una hectárea de terreno. Trajeron consigo plantas de clavel semisilvestre desde Japón, las cuales producían, en promedio, un solo clavel al año por planta. A pesar de su bajo rendimiento, estas plantas llamaron la atención de los vecinos, quienes comenzaron a reproducirlas hasta que el clavel se convirtió en el cultivo dominante de la zona.

Paul Daum aceptó la invitación y emprendimos el viaje a Villa Guerrero: él, el profesor Carrión y un servidor. Era finales de los años sesenta, y el pueblo

aún estaba lejos de imaginar el papel que jugaría en el futuro de la floricultura nacional. A nuestra llegada, los productores organizaron una comida sencilla como muestra de bienvenida y de la expectativa que había generado la visita.

Después de ese recibimiento comenzamos a recorrer los plantíos. Caminamos entre surcos de claveles bien cuidados, pero genéticamente limitados. Paul Daum observó con detenimiento y, fiel a su carácter directo, fue claro con los productores: aquellas variedades estaban completamente superadas. Su bajo rendimiento y la escasa variedad de colores — apenas dos o tres— las hacían poco competitivas en un mercado que ya comenzaba a exigir volumen, calidad y diversidad.

En todo momento, el profesor Carrión actuó como puente entre el conocimiento técnico y la realidad del productor. Traducía conceptos, contextualizaba recomendaciones y, sobre todo, generaba confianza. Su autoridad no provenía del cargo, sino del respeto que se había ganado por años de trabajo constante en favor del sector.

La recomendación final fue concreta: importar variedades patentadas de la compañía Yoder Brothers, que en ese momento representaban la

vanguardia en el cultivo de claveles. Estas variedades ofrecían un rendimiento muy superior y una amplia gama de colores, lo que abría posibilidades comerciales hasta entonces desconocidas para los productores de la región.

Los floricultores escucharon con atención. Tomaron notas, hicieron preguntas y, al enterarse de que Paul Daum era representante de Yoder Brothers, decidieron actuar de inmediato. En ese mismo momento realizaron sus pedidos, conscientes de que estaban apostando por un cambio profundo en su forma de producir.

Los resultados fueron rápidos y contundentes. En menos de un año, las nuevas variedades producían hasta diez flores por planta y ofrecían más de veinte colores distintos. Los campos cambiaron de aspecto, los rendimientos se multiplicaron y la floricultura de Villa Guerrero dio un salto cualitativo que transformó por completo la región.

Ese cambio marcó un antes y un después. A partir de entonces, el Estado de México comenzó a consolidarse como el principal productor de flores del país, con una parte significativa de su producción destinada a la exportación. Lo que había comenzado como una visita técnica terminó convirtiéndose en un detonante de desarrollo económico y social.

Con la perspectiva del tiempo, resulta evidente que aquel viaje fue mucho más que una asesoría agrícola. Fue el encuentro entre el conocimiento tradicional del campo y la innovación tecnológica, pero también el reflejo del papel fundamental que pueden desempeñar personas como el profesor Luis Justo Carrión, cuya vocación, ética y compromiso con los productores dejaron una huella duradera. Villa Guerrero dejó de ser una promesa incipiente para convertirse en una realidad floreciente, y todo empezó con la disposición de sus productores a sembrar algo distinto.



GUSTAVO GARCÍA LEAL

Luis Justo Carrión Tejeda

Héctor Luna de la Vega

Luis Justo Carrión Tejeda fue un destacado profesor y funcionario público. Nació en 1918 en Martínez de la Torre, Veracruz, no obstante haberlo registrado su madre, maestra rural, en Teziutlán, Puebla. Falleció el 20 de octubre de 1990 en la Ciudad de México. Tuvo diez hijos. El profesor Luis se dedicó a la floricultura desde 1955, incluidas sus derivaciones y la rama forestal. En su recorrer llegó ser el mayor productor de orquídeas del país y destacadamente atrajo de Hawái el Anthurium o como comúnmente se le conoce, flor de anturio, a inicio de los setentas, la cual posee un gran número de variedades. En México se cultiva en Veracruz, Chiapas, Morelos y el Estado de México. El profesor aclimató la flor y diseminó su producción a lo largo de nuestro país.

En los cincuenta fue apoderado de la Florería Matsumoto, época en la cual un extranjero no podía tener el cien por ciento de su empresa. Tal florería fue reconocida por su calidad y distinción cultivando orquídeas y flores exóticas. El profesor Luis se convirtió en un gran amigo de los Matsumoto, la florería y sus floristas fueron

considerados como los floristas de la élite y de los presidentes, siendo los Matsumoto parte fundamental de la introducción y naturalización de las jacarandas en la Ciudad de México.

El Profesor Luis constituyó un centro de producción en las ramas de la floricultura y la silvicultura en Atlixco, Puebla. Por sus aportaciones a esa localidad, sus pobladores lo postularon y eligieron como su Presidente Municipal en 1987. Su trabajo al frente del municipio estuvo marcado por su formación como educador o pedagogo, lo cual influyó para enfocar hacia la comunidad el tener una administración más dedicada a la gestión social, en especial la educación. Como profesor, dedicó una importante parte de su vida a enseñar. Trabajó por fortalecer instituciones dedicadas a la educación en Atlixco, rehabilitando espacios escolares y dotando de materiales para mejorar las instalaciones. Además, propició la realización de eventos para atraer el turismo, en lo cual se ayudaba de los productores de flores locales y se reforzaba la identidad del municipio. Por su labor, su nombre está registrado en la historia de Atlixco, reconociéndole y respetándosele por impulsar el desarrollo del lugar. Su fácil forma de relacionarse con sus congéneres le insertó en el ánimo de tan relevante conjunto social.

Por su amor y dedicación a la docencia, la Escuela Secundaria Técnica No. 104 en Atlixco lleva su nombre, reconociéndole así su legado y contribuciones a la educación de esa región. En la Ciudad de México impulsó y desarrolló el Colegio Interamericano, ubicado en San Pedro de los Pinos, y en el cual se dan clases para kínder, primaria, secundaria y preparatoria.

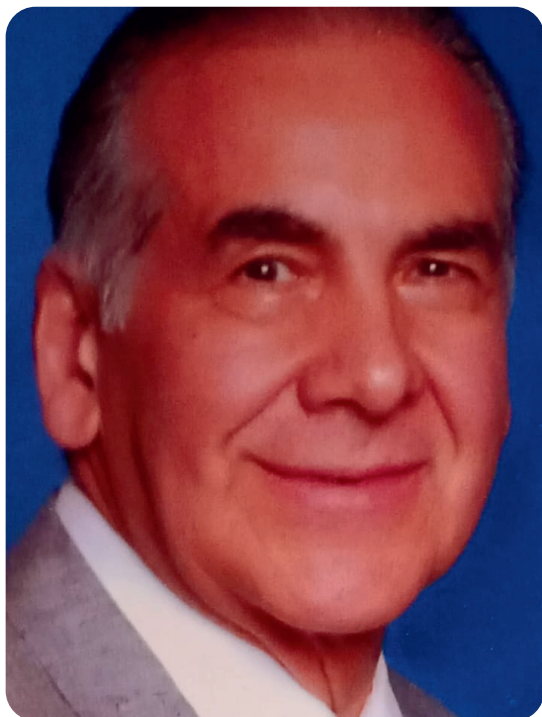
En Coatepec contribuyó al desarrollo de la silvicultura, constituyó un centro debidamente reconocido, dando énfasis a la siembra y cuidado de árboles, palmeras, plantas, helecho, heliconias y orquídeas, siendo un alto generador de empleo, considerándosele la segunda rama económica en Coatepec, municipio históricamente reconocido como la capital del café.

La dinámica económico-cultural de Coatepec ha propiciado la realización, después de seis años, de la Feria Nacional del Café, del 30 de abril al 10 de mayo de este año, y por acuerdo del Cabildo la sede será en el Recinto Ferial Luis Justo Carrión Tejeda.

El Profesor Luis Justo Carrión Tejeda fue un personaje respetado por su dedicación y vocación hacia el servicio, con lo cual dejó huella en su labor como servidor público, en sus aportaciones en la educación para generaciones posteriores y

en la estética al ser un ser humano altamente sensible, involucrado en el desarrollo de la floricultura y la silvicultura y con lo cual su trabajo continúa al ser nosotras y nosotros quienes disfrutamos y admiramos hermosas plantas que adornan nuestras casas, jardines y lugares de trabajo, como el anturio desarrollado en México por Luis Justo Carrión Tejeda.

Gracias al Profesor por su gran legado, enorme aportación y destacado trabajo.



HÉCTOR LUNA DE LA VEGA



PROF. LUIS JUSTO CARRIÓN TEJEDA Y MTRO. JUAN GIL PRECIADO, SECRETARIO DE AGRICULTURA Y GANADERÍA DE MÉXICO, INAUGURANDO LA FERIA NACIONAL DE FLORES Y PLANTAS



PROF. LUIS JUSTO CARRIÓN TEJEDA Y AMIGOS

Epílogo:

La herencia viva

El legado de Luis Justo y de Lolita no concluye en fechas. Su historia es diferente a muchas otras porque no queda simplemente en el papel, sino que se mantiene viva, y no de una manera metafísica, sino de una forma tangible, que se puede ver y tocar. Vive en jacarandas que florecen cada primavera, en jardines hospitalarios donde hoy se respira mejor, en talleres que todavía no se inauguran pero ya fueron soñados.

“Empujar a la gente para que salga adelante”, repetía una y otra vez Luis Justo como parte de su filosofía personal. Quienes lo acompañaron a lo largo de su vida, saben que esa frase no era consigna, sino práctica diaria. Y quienes hoy caminan por esos espacios verdes quizá no conozcan su nombre, pero habitan su visión. Hoy, el legado de Luis Justo sigue impulsando a Coatepec hacia un futuro mejor.



FAMILIA CARRÓN CUELLAR

© 2026

Centro de Artes, Recreación y Cultura A.C.
Luis Justo Carrión Tejeda y María Dolores Cuellar

Primera edición: abril de 2026

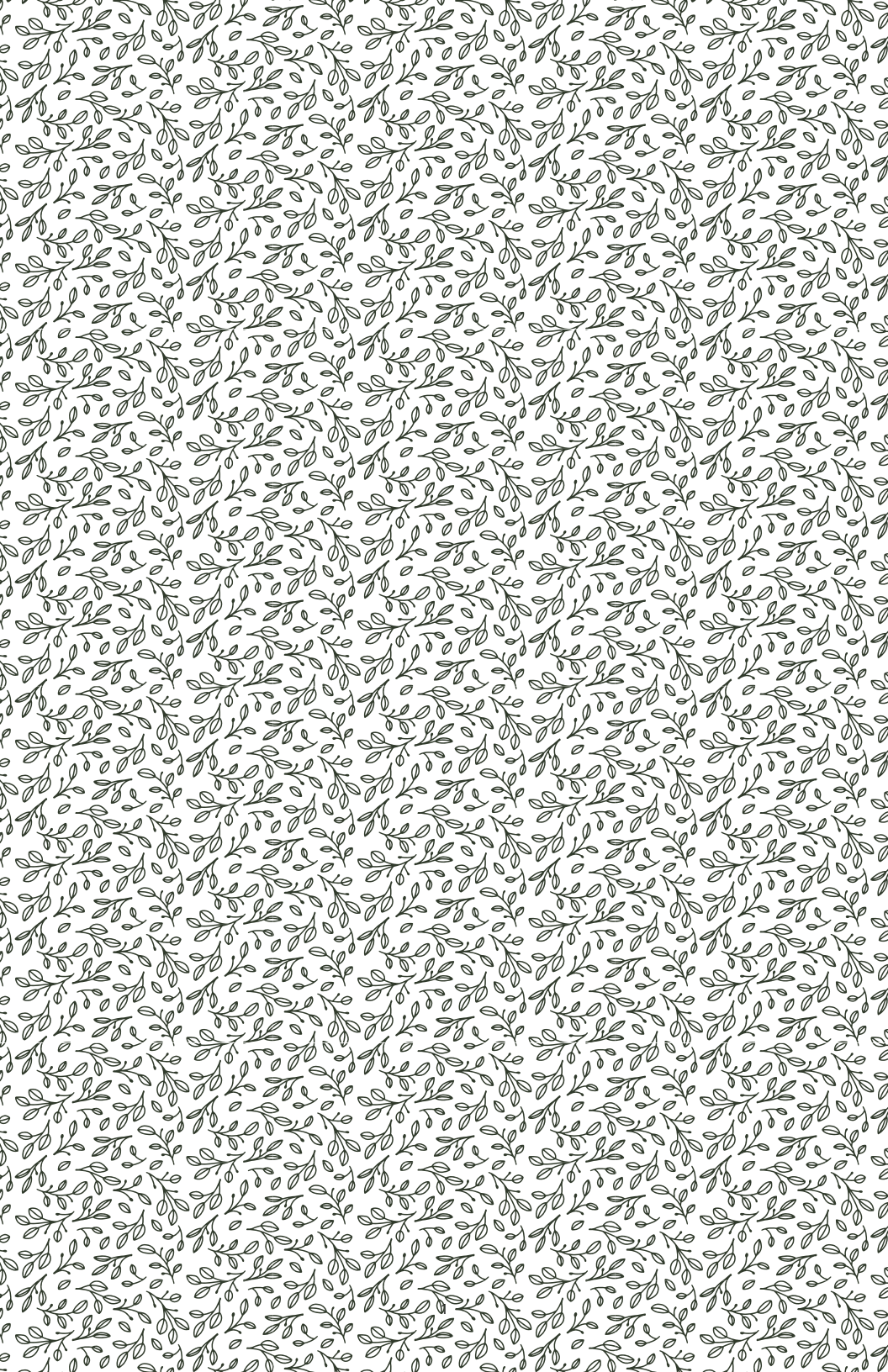
Tiraje: 300 ejemplares

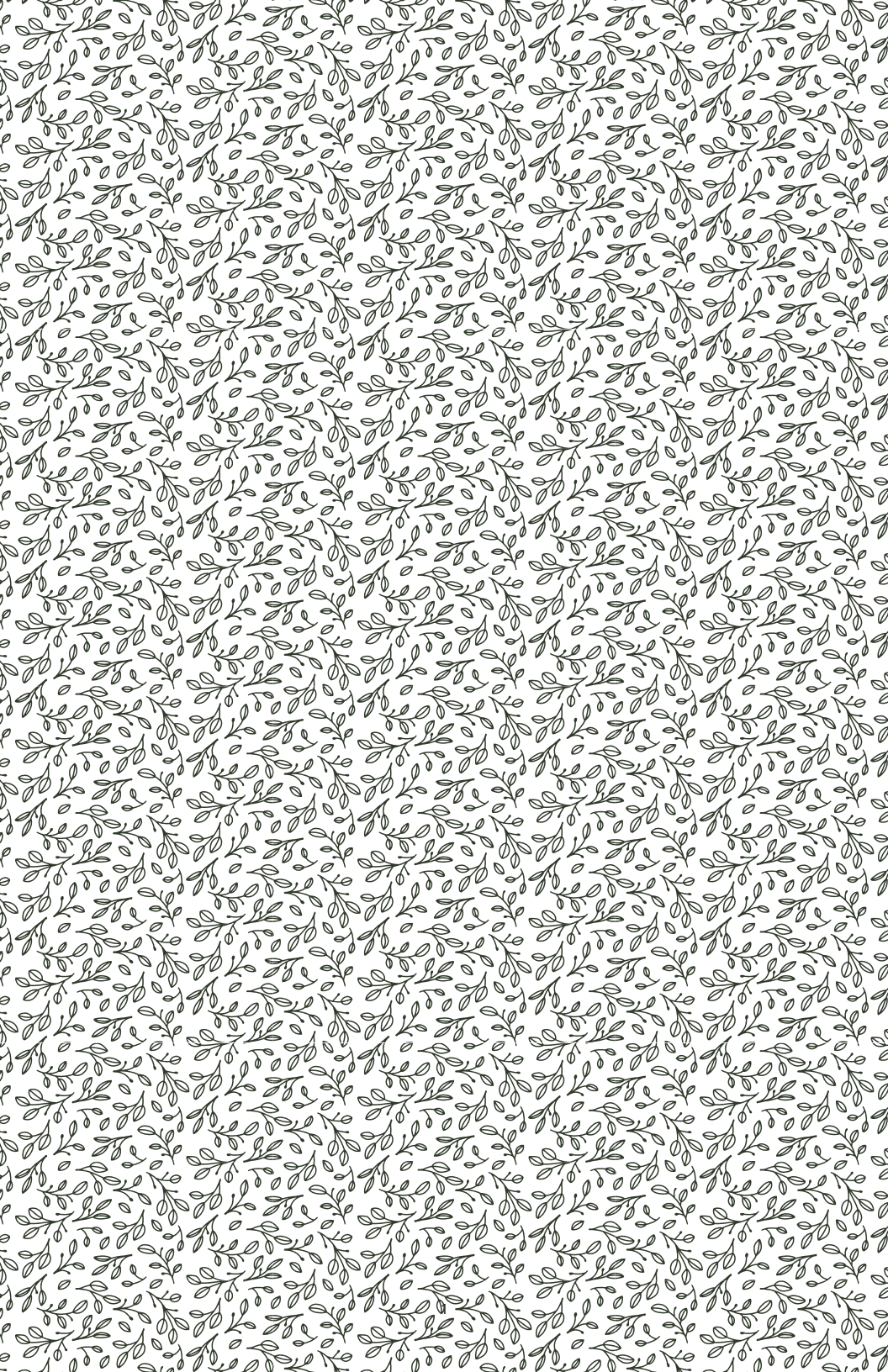
Edición: Robin Matus y David Carrión

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, incluyendo reproducción, grabación, fotocopia o almacenamiento en sistemas de recuperación de información, sin la autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos.

Esta obra es un proyecto colectivo que reúne diversas voces, testimonios y perspectivas. El contenido de cada colaboración es responsabilidad exclusiva de sus autores y no necesariamente refleja la postura institucional de la asociación.

Esta publicación fue realizada por el Centro de Artes, Recreación y Cultura A.C. con fines culturales, educativos y de preservación de la memoria histórica.





VIDAS QUE DEJARON HUELLA

HAY VIDAS QUE NO SE MIDEN POR EL TIEMPO, SINO POR LAS HUELLAS QUE DEJAN EN QUIENES LAS RODEAN. LAS DE LUIS JUSTO CARRIÓN TEJEDA Y MARÍA DOLORES CUÉLLAR FARÍAS VIVEN EN LA MEMORIA DE QUIENES LOS CONOCIERON, EN SUS ENSEÑANZAS Y EN EL AMOR QUE SEMBRARON A LO LARGO DE LOS AÑOS.

ESTE LIBRO ES UN PUENTE ENTRE GENERACIONES: UNA INVITACIÓN A RECORDAR, A HONRAR Y A MANTENER VIVA SU ESENCIA A TRAVÉS DEL TIEMPO. ESCRITAS A MUCHAS MANOS, DESDE DISTINTAS MIRADAS Y MEMORIAS TODAS ÚNICAS, ESTAS PÁGINAS REÚNEN VOCES QUE, JUNTAS, CONSTRUYEN EL RETRATO VIVO DE UN LEGADO QUE PERMANECE.